

*Novela e historia:
La visión fictiva del período peronista
(1944-1955) en las letras argentinas*

«... en nuestro país el olvido corre más ligero que la historia, de manera que uno puede publicar un episodio ocurrido diez años atrás, perfectamente seguro de no incomodar a los vivos ni empañar la memoria de los muertos. No hay memoria que empañar, porque nadie recuerda nada».

Adolfo Bioy Casares, en «La obra» (cuento de *El lado de la sombra*, Bs. As. Emecé, 1962, p. 42).

«The price for liberty is the loss of the love of paternalistic authority. That is, a willful disdain for providence...»

Thomas Szasz, *Heresies*, 1976.

En las líneas que siguen, escritas entre 1969 y 1970, se intenta relacionar dos procesos implicados e imbricados entre sí, que tuvieron lugar con muchos años de diferencia. La realidad nacional de la década peronista (repetimos: 1944-1955) y la producción literaria, que intento reflejarla, describirla, juzgarla, testimoniarla, condenarla a través de la narrativa.

El autor está seguro de que muchas de sus ideas, y hasta la consideración histórica del fenómeno político a que ella hace referencia, deberán ser replanteadas nuevamente desde la perspectiva de 1977 y, sobre todo, de los años próximos. Este es uno de los más duros tributos que todo trabajo de tipo histórico debe pagar al paso del tiempo: su transcurso, inexorable e imprevisible, modificará ciertos lineamientos, destacará otros que parecían carecer de importancia, oscurecerá alguno juzgado como esencial. Congelar un momento de la

realidad política e histórica y analizar su reflejo en algo tan impreciso y amplio como la literatura (o las actitudes intelectuales) supone estar sujeto a estos imponderables tan poco previsibles.

Y antes de comenzar una consideración personal. Después de releer sus páginas (que han dormido años esperando una ocasión de calma y de prudente y auténtica vida intelectual en la Argentina, que parece cada día más inalcanzable), el autor descubre con preocupación y sobresalto que sus consideraciones no gustarán a nadie, ni dejarán totalmente satisfechos a ninguno de los factores aludidos en las mismas. Los peronistas (si queda alguno en estos momentos) lo calificarán duramente. Los conservadores y bien pensantes lo motejarán de liberal, subversivo, anti-histórico o, por lo menos, de anti-clerical. Los liberales (los liberales argentinos, entiéndase bien), con cuyas ideas me siento bastante identificado, lo verán como un estudio tibio y demasiado concesivo frente a los pecados del oficialismo de otrora... Para comunistas, izquierdistas y marxistas será un ejemplo de lo que desdeñosamente han calificado de «mentalidad pequeño-burguesa». Creemos, sin embargo, que nada hay de gratuito en sus páginas o, por lo menos, demasiado alejado de los hechos concretos y reales. Desde el punto de vista crítico intenta algo poco frecuente y peligrosamente expuesto a errores y mal entendidos. El resto, la defensa de sus afirmaciones, debe nacer de lo que aquí se diga. Se espera solamente que sea leído con la misma honestidad y equilibrio con que fue escrito o, por lo menos, con la que ha sido pensado y ejecutado.

Narrativa y realidad. Objetivos

La actualidad sigue acompañando al peronismo, el fenómeno político, social e histórico más explosivo de la vida argentina de los últimos treinta años. Ante él los argentinos (como ante el período rosista) se ven compelidos a tomar partido, se ven obligados a llegar a las decisiones últimas, aquellas que tocan a la totalidad de los resortes emocionales, intelectuales, vitales de cada uno. De él puede decirse cualquier cosa; lo único que no es posible ejercer ante su sola mención es la indiferencia.

Ha sido esta comprobación y la conciencia de su peligrosa calidad polémica lo que nos ha llevado a intentar un examen del impacto que el período 1944-1955 dejó en la narrativa argentina. Nuestro estudio parte de suponer en el lector un conocimiento más o menos amplio de los hechos importantes ocurridos en Argentina en ese período. Intentar una síntesis de la época hubiera desbordado ampliamente nuestros propósitos y nuestros conocimientos.

Este estudio persigue varios objetivos. En primer lugar, ver de qué manera todo un sector de los intelectuales argentinos —en este caso

los escritores— reaccionaron ante un fenómeno histórico concreto. Esa reacción (y su examen consiguiente) mostrará que la literatura no solamente se inscribe en el mundo de la historia del arte, sino está inserta en un confuso y a veces muy claro conjunto de ideas y creencias determinadas en primer lugar por el grupo político al que se pertenece, por la situación social, por la presión del entorno cultural en el que se siente inscripto el escritor o al cual desea pertenecer.

En segundo término, toda una serie de problemas (alguno de muy difícil comprensión) aparecerán a la luz: cómo se relaciona la literatura con la realidad; qué diferencia a la narrativa (la novela y el cuento) de la historia; cuántas (y a veces muy distintas formas) asume lo que se ha dado en llamar *realismo* en literatura; cómo expresa o describe la literatura a la realidad social y política; qué distancia hay entre la crónica y la novela, la narrativa y el ensayo; qué es lo narrativo y qué lo testimonial en una obra de ficción... Por fin se intentará ver cómo se reflexionan en una misma obra dos aspectos que a primera vista parecen antagónicos: el de su fidelidad a una visión individual (o grupal) de lo real-histórico y el de su capacidad para crear un orbe estético autosuficiente que vaya más allá de la mera crónica, del puro documento o del panfleto propagandístico.

Por fin: ¿puede la literatura influir de alguna manera en la creación de una imagen específica de un momento de un país? ¿Puede la literatura influir sobre la realidad? ¿Puede condicionar reacciones concretas, conformar un tipo de mentalidad...? ¿Hasta dónde la narrativa puede ser historia? ¿Hasta dónde llegan las posibilidades de expresar lo histórico-concreto y dar nacimiento a un cosmos novelístico que posea suficiente poder autónomo como para escapar a las determinaciones y limitaciones de lo ideológico?

Hemos reunido a los testimonios que estudiaremos en dos grandes grupos. En el primero colocaremos a todos aquellos que, de una manera o de otra, persiguieron dar una visión positiva del período, a los escritores que podríamos denominar *oficialistas*. En un segundo grupo estarán todos aquellos que, condicionados política o ideológicamente, dieron una visión del peronismo de esos años, a partir de una actitud crítica y nunca totalmente afirmativa. Estos estarán ordenados en los siguientes grupos: *a)* La visión del catolicismo nacionalista (Gálvez); *b)* La visión de la izquierda oficial; *c)* La visión del liberalismo argentino (Borges, Peyrou, Cortázar, etc., el más amplio y el que ha logrado una visión más rica en matices y en poder narrativo); *d)* La visión del realismo crítico de izquierda (David Viñas, Roszenmacher, etc.). Como se verá, resulta imposible encontrar un escritor que haya intentado una visión del período instalado en un mirador imparcial o, por lo menos, alejado de preferencias específicas.

Y antes de comenzar el análisis concreto de los textos, una consideración previa, ésta de tipo crítico. Creemos que la ideología no agota, ni explica, ni justifica estética o históricamente una obra literaria. Para decirlo en otras palabras: una obra literaria no consiste *sola-mente* en una visión del mundo, en una filosofía (creencias, rechazos, aprobaciones, justificaciones, postulaciones ideológicas en cualquier sentido). Pero toda obra literaria de verdadero valor es producto de un autor inserto en una época determinada. Y por detrás, por debajo, subyacente o manifiesta, en toda obra literaria está presente una actitud, o una suma de actitudes del autor en torno a un conjunto concreto de asuntos. Aquellos que intenta narrar o describir la obra que está escribiendo. Saber qué rechaza, descubrir qué le atrae, entrever qué aprueba o condena, qué lo asusta o alegra, cuándo odia y cuándo ama es el primer paso para conocer una parte sustancial de su existencia y de su obra. Si esas postulaciones no «agotan» ni «explican» totalmente el texto en consideración, su exclusión supondrá, sin embargo, una imagen recortada, limitada y empobrecida del texto mismo. Y como toda descripción de un objeto exige dar cuenta de todas sus facetas esenciales, nosotros tendremos también en consideración ese aspecto en particular. Porque el entorno es parte de una obra, de su discurso, de su sentido total.

A la vez, para no caer en esas lecturas fragmentadas (que convierten a una novela en un documento y olvidan absolutamente sus valores propiamente «literarios») se tratará siempre de ver la obra como una totalidad en la que los valores estéticos tienen importancia. Por eso para nosotros libros como la saga de Manuel Peyrou o algún volumen de Manuel Gálvez deben ser considerados entre los más logrados literariamente de toda esta extensa nómina. Poseen autonomía novelesca, *valen* como narración, separados de toda consideración ideológica, política o histórica. Y esa es también una faceta que el crítico no puede ni debe olvidar.

Los escritores «peronistas» y el fenómeno peronista

La historia de la ideología peronista (si es que existe o existió algo que merezca tal nombre), de sus fuentes y sus conceptos más destacables, la crónica de la «intelligentzia» peronista, de las relaciones entre el movimiento político y los intelectuales argentinos, no ha sido escrita. Lo mismo ocurre con el examen desapasionado de las relaciones entre la literatura —en general— y el peronismo. Poseemos algunas crónicas parciales, así como varios estudios panorámicos sobre estos hechos, pero faltan —como siempre— los trabajos monográficos

particulares que permitirían conocer con precisión y claridad diez años bastante oscuros de la vida intelectual argentina¹.

Lo evidente es que si hubo un aspecto descuidado e ignorado a sabiendas, una carencia de política coherente, una notable torpeza en el régimen, ésta estuvo en la actitud del peronismo frente a los intelectuales y en los contenidos ideológicos del movimiento². Esta

¹ No se ha escrito todavía una crónica detallada de cuál fue el impacto del peronismo en la vida cultural argentina. Un panorama que comenzara analizando las postulaciones ideológicas (de tipo político, social, filosófico, cultural, si las hubo) del movimiento. Y que en un segundo momento pasara revista a la relación del grupo político con los intelectuales y la literatura (escritores peronistas, revistas principales, obras narrativas y de poesía que hicieron referencia al hecho político, sus líderes, grupos, publicaciones, etc.). En cuanto a la literatura, algunos materiales pueden encontrarse en estas publicaciones de Ernesto Goldar: «Peronismo, antiperonismo y literatura», en *Meridiano 70*, Buenos Aires, núm. 3, mayo-junio 1968, pp. 14-18 y 25; «La literatura peronista» en Cárdenas y otros, *El peronismo*, ibidem, Carlos Pérez editor, 1969, pp. 139-186; *El peronismo en la literatura argentina*, Freeland, 1971. Goldar ha adoptado una actitud partidista elemental: todo lo que pueda ser una crítica al movimiento, es condenable. Y siempre identifica las actitudes y opiniones de los personajes de la ficción con las de los respectivos autores. Una forma de simplificación que atenta casi siempre contra sus observaciones, alguna vez atendibles.

Myron Lichtblau, «La representación novelística de la época de Perón», *Armas y Letras*, Universidad de Nuevo León, núm. 4, abril-junio 1961, pp. 77-85. Una nómina detallada de intelectuales peronistas en Arturo Peña Lillo, *Los encantadores de serpientes*, La Siringa, 1965, pp. 74-76. El ambiente de la época y su reflejo en la vida de algunos intelectuales puede verse en Pedro Orgambide, «Literatura y peronismo», en *Yo, argentino*, J. Alvarez, 1968, pp. 155-161, testimonio a veces acre y tristísimo de la situación social y económica de los escritores en un país hispanoamericano... Sobre la literatura del período un panorama rico en datos es el de Martin S. Stabb, «Argentine Letters and the Peronato: An Overview», *Journal of Inter-American Studies*, XIII, julio-octubre 1971, pp. 434-455. Para el teatro véase Raúl H. Castagnino, «Una década de estrenos argentinos: 1950-1960», en *Ficción*, núms. 24-25, 1960. Todas las referencias bibliográficas que no llevan lugar de edición, corresponden a Buenos Aires (libros, folletos, revistas).

² Fayt y otros, *La naturaleza del peronismo*, 1967; Cárdenas y otros, *El peronismo*, citado; A. Ciria, «La doctrina peronista y sus fuentes», *Mundo Nuevo*, París, núm. 47. Ha sido George I. Blanksten, en *Peron's Argentina*, Chicago, 1953, el primero que intenta exponer con lucidez el contenido ideológico del llamado «justicialismo» peronista. Un trabajo no hecho es el de buscar las fuentes de la oratoria de Perón, la más eficaz (desde el punto de vista de su influjo sobre las masas) que ha tenido la Argentina este siglo. Un cotejo con discursos de Mussolini permitiría llegar a fascinantes conclusiones. En cuanto a lo que hemos señalado sobre la actitud del peronismo con respecto a la enseñanza, una fina crónica analítica puede leerse en el volumen de Blanksten citado más arriba. Esta actitud se repitió —atenuada— tanto en la enseñanza como frente a los intelectuales, en el gobierno que volvió al poder en 1973. La caótica situación en que cayeron las Universidades, el desorden y la casi destrucción de la

ausencia de trasfondo intelectual sólido en torno al peronismo se debió fundamentalmente a varias razones: debilidad ideológica del movimiento (cuyas postulaciones políticas concretas estuvieron limitadas a los escritos y, sobre todo, a los discursos del jefe máximo); desprecio y temor frente a los intelectuales; entrega de los resortes educativos y del manejo de la vida cultural a los sectores más reaccionarios y menos capaces del clericalismo católico, o a los segundones y figuras anodinas de las letras o las artes; olvido de que las decisiones políticas se asientan en una concepción totalitaria del mundo y de la sociedad, a la cual debe recurrirse sobre todo en los casos extremos; rechazo indiscriminado de todo el espectro ideológico y cultural anterior, desde los liberales conservadores hasta el marxismo de extrema izquierda, con aceptación visible de los aspectos menos comprometedores de la filosofía católica tradicional (véase como ejemplo el discurso de Perón en el Congreso de Filosofía de Mendoza, en 1949, que, por lo que ocurrió con la Iglesia en los años 1953-1955, demostró ser nada más que una fachada útil para fines políticos concretos, sin creer en ella de modo sustancial ni real); reclutamiento de los intelectuales no sobre la base de su calidad o su capacidad concretas, sino a partir de su obediencia y su aceptación indiscriminada del movimiento y una regimentación adúlona y acrítica; ineficacia e indiferencia del gobierno en cuanto a realizaciones renovadoras en el frente cultural (el peronismo no hizo ni intentó hacer nada serio en lo que respecta a educación pública primaria, secundaria o universitaria, a excepción del desarrollo del deporte que se usó como un medio más de propaganda política; lo mismo ocurrió en la parte de cultura popular, universidades o desarrollo de la investigación).

Todo esto puede comprobarse fácilmente a través de la literatura: los intelectuales que merecen realmente el nombre de «peronistas» fueron muy pocos, casi podría decirse que no existieron, por la sencilla razón de que el peronismo como movimiento careció de una estructura concreta de ideas o postulaciones ideológicas. Más bien deberá afirmarse que se trató de un grupo de escritores que se acercaron al movimiento y lo apoyaron sintiéndose de acuerdo (o simpatizando) con las medidas de gobierno y la orientación general de la política de Perón, de tibio y declamado antiimperialismo (que no se cumplió —fuera de los discursos— en los hechos, como ha probado terminantemente Irazusta, quien es el único que ha demostrado que Perón favoreció el imperialismo inglés y el imperialismo norteamericano en la

enseñanza media y primaria, así como la reaparición del Ministro Ivanissevich con sus hilarantes discursos en verso, parecieron repetir monótonamente los años 1952 y 1953.

Argentina)³. Otros puntos que apoyaron esos intelectuales fueron la afirmación de los derechos populares, la defensa de los intereses populares, la defensa de algo vago que se llamó entonces «una cultura nacional» y tradicional, la implantación de la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas, el rechazo indiscriminado de toda la tradición liberal argentina. En esas medidas de gobierno (y en sus postulaciones oratorias) podrían señalarse numerosas contradicciones y hasta una falta relativa de unidad ideológica (lo mismo ocurrió muchos años antes con el radicalismo de Irigoyen, pero aquel movimiento fue, por ejemplo, coherentemente nacionalista y antiimperialista, cosa que no ocurrió con el peronismo). Esa gama tan amplia de tendencias y acciones le permitió a Perón agrupar en su torno a escritores de muy disímiles tendencias, orígenes, inclinaciones e intereses.

Esto permitiría afirmar que muchos de los que colaboraron en los diarios y revistas más o menos oficialistas de los años 1944-1955, que muchos de los que integraron las estructuras burocráticas relacionadas con la cultura o la enseñanza cumplieron esas funciones más como circunstanciales aliados en una lucha común, como ocasionales partícipes en el disfrute del poder, que como convencidos y concientes partidarios del régimen. Goldar ha señalado que la nota definitoria de la casi totalidad de los escritores que se acercaron al peronismo fue su oposición al liberalismo, o al régimen liberal anterior al 43, y tal vez tenga razón; pero la cohesión de un grupo —y sobre todo su eficacia en la lucha política e ideológica en lo cultural— no puede partir solamente de una negación o una oposición. Necesita de un conjunto de ideas, de una visión del mundo (sociedad, pasado, futuro, economía, política, valores, etc.) coherente y fundada que le dé sentido y dirección afirmativa. Esto es lo que no encontramos en los intelectuales que adoptaron el rótulo de peronistas o justicialistas entre 1944 y 1955.

Un examen de la nómina de intelectuales y escritores que estuvieron junto al régimen permite algunas interesantes comprobaciones. Si examinamos la lista que propone Goldar (*El peronismo en la literatura argentina*, pp. 146-148) veremos que ninguno de ellos dejó de ser el que era, porque el movimiento no tenía —ideológicamente— nada que darles, fuera de esa superficial suma de postulaciones prácticas en cuanto al populismo y sus intereses, que el gobierno defendió con rela-

³ *Perón y la crisis argentina*, 1956, de Julio Irazusta, destruye la leyenda del antiimperialismo de Perón y demuestra con argumentos incontestables las mutuamente fructíferas relaciones del político con Inglaterra, así como las evidentes contradicciones entre la violencia antinorteamericana de muchos de los discursos del líder, y los malos negocios que realizó con Estados Unidos (muchas veces en perjuicio de los intereses del país que decía defender).

tiva eficacia. De este modo apoyaron al gobierno en aspectos fácticos concretos, pero ni pudieron sumarle orientaciones ideológicas definibles, ni recibieron otras nuevas o semejantes del mismo.

Muchos de los que fueron peronistas de la primera hora (en especial los católicos, como Marechal, Sepich, Rega Molina, Fermín Chávez, etc.) se apartaron del gobierno al producirse las tirantes y conflictivas relaciones con la Iglesia de los años 1953-1955. Otros moderaron sus convicciones cuando algunos hechos concretos hicieron tambalear la aparentemente sólida fortaleza del gobierno y llegó la hora de las definiciones, que significaban compromisos peligrosos.

Aquí habría que señalar un hecho muy importante y que está en el meollo mismo del fenómeno peronista: éste usó de los intelectuales cuando los necesitó o los tuvo a mano; es lo que ocurrió con ciertos tratadistas en cuanto a la teoría del Estado (como Sampay, por ejemplo) o en cuanto a ciertos asesoramientos técnicos. Pero, en general, la actitud frente a los intelectuales fue de desconfianza, de temor, de rechazo o de ignorancia completa. Como la «*intelligentzia*» argentina estaba inficionada de liberalismo (y sigue estándolo), en muy pocos y contados casos el gobierno contó con su apoyo. Pero además, por parte de Perón, hubo siempre un constante y conciente rechazo, un desprecio que sumaba temor, desconfianza y poca fe en sus posibilidades de usarlos para el poder, o la consecución del poder. Perón siempre descreyó de la importancia de los intelectuales, los incluía en esos grupos que alguna vez calificó de «*piantavotos*» ('*aleja-votos*'). Y como su filosofía era lograr votos, apoyo popular, alejó de sí a toda figura que pudiera —por la sola presencia— empañar su imagen de hombre partidario de los gustos mayoritarios...

Desde el punto de vista de los intelectuales, acercarse al peronismo significaba entonces algo así como dejar atrás todo lo anterior, mostrarse de acuerdo con un conjunto de actos y resoluciones concretas de tipo económico-social, ingresar en una tierra de nadie donde no había (ni hubo) postulaciones concretas y, sobre todo, claras, de tipo cultural o artístico. Eso suponía algo minoritario, y el peronismo excluyó de sí y de su ámbito (y de su imagen pública) todo lo minoritario, exclusivo, limitado o especial. El populismo peronista siempre proclamó la igualdad de todos, que era en el fondo una muy particular tendencia a igualar hacia abajo. Los intelectuales, que reclamaban (entonces en la Argentina, antes en el antiguo Egipto, después, ahora y siempre) ser distintos de los demás, cuya única vanidad era ser distinguidos de todos los otros hombres, cuyo orgullo no era ni el poder, ni la riqueza, ni la herencia de sangre o la nobleza, sino una nobleza especial de cada uno, nacida de sus conocimientos o de sus capacidades creadoras o intelectuales, no podían esperar recibir del

peronismo ninguna de esas formas de reconocimiento. Esta es una de las causas de la división entre este grupo político y la gran mayoría de los intelectuales argentinos.

El peronismo constituyó en política una especie de praxis sin ideología concreta, fuera de una sólida afirmación de los valores burgueses característicos de la clase media. Y ésta fue la causa de su sostenido éxito político. Además de la capacidad carismática del líder, a Perón le tocaron cinco años de oro de la vida económica argentina (1946-1950), durante los cuales despilfarró alegremente la riqueza reunida durante una década y media de acumulación de bienes realizado por el país a costa de duros sacrificios (1930-1945). Y en los últimos cinco años mencionados se sumaron las enormes reservas de oro y divisas que el país acumuló durante la segunda guerra mundial.

El hecho de que tanto el radicalismo (1916-1930 y nuevamente entre 1973-1976) como el peronismo fueron partidos de clase media, explica el sostenido y permanente apoyo que ambos recibieron de las masas argentinas. Y esto porque hay algo que debe decirse aquí, aun a costa de que los historiadores, politicólogos y sociólogos lo considerarán discutible y polémico: la gran mayoría de los argentinos defendieron, defienden y defenderán una concepción burguesa de la vida. Y esto simplemente porque la casi totalidad de sus habitantes pertenecen a clase media, sea ésta urbana o rural. Y es esa clase media, ya desde la segunda mitad del siglo XIX, la que ha logrado implantar sus creencias y sus puntos de vista y difundirlos por todo el organismo social. Los hombres que hicieron el país, la gran generación romántica de 1837 (Echeverría, Mitre, Sarmiento, Alberdi, J. M. Gutiérrez) y los que llevaron a la práctica su proyecto político (la llamada generación del 80, cuyo nombre máximo es Julio A. Roca), pertenecían a la clase media, manejaban sus ideales, su concepción de la vida, su filosofía y su proyecto existencial. Y esas ideas siguen teniendo poderoso apoyo —conciente o inconciente— en la Argentina.

Este hecho explica algo que todos los partidos y políticos de izquierda de la Argentina jamás comprenderán: que los obreros urbanos y los trabajadores del campo quieren llegar a ser patronos, y han adoptado para sí y sus familias las comodidades y los valores burgueses. Y éste fue el ideal que ofrecía el peronismo. Lo que ocurre es que las circunstancias históricas le permitieron no solamente proponer esta forma de vida, sino disponer de la riqueza necesaria para llevarla a cabo...

El peronismo impuso la creencia de que era posible acceder a las ventajas económicas de la vida burguesa, eludiendo sus exigencias éticas, sus dificultades y los trabajos necesarios para alcanzarlas. Propuso una visión festival, cómoda e irresponsable de la existencia.

Cambió perceptiblemente muchas de las normas, de las formas jerárquicas, represivas y en estratos bastante diferenciados, de las relaciones sociales argentinas. Cambió las formas de vestir, las actitudes ante el sexo y la moralidad públicas, la concepción de la propiedad, el sentido del dinero (y de su uso, prestigio, formas de lograrlo), destruyó (a través de una inflación creciente) el sentido del ahorro y de la previsión del futuro, el sentido y la misión del Estado, la situación de la prensa y hasta la situación y la función de la justicia⁴.

Propuso el bienestar burgués y sus valores de progreso económico, movimiento vertical en la sociedad, acceso de todos al poder y a los cargos del Estado, educación gratuita, felicidad y goce del mundo, sin los esfuerzos, los méritos, el sentido de las jerarquías (basado en la idea de que a cada uno lo suyo de acuerdo con sus capacidades y sus deberes), y el de las obligaciones, derechos y funciones típicos de la sociedad burguesa. Y con olvido y hasta desprecio de su moral. Perón ofreció —y pudo cumplir con ello en una buena parte— las ventajas y comodidades burguesas, con poco trabajo, sin ahorro ni previsión, poco esfuerzo y ninguna rigidez moral. Muchos de los aspectos que la organización burguesa y capitalista de la economía y la sociedad había dejado en manos del individuo, fueron delegados en el Estado. Y durante esa década se pervirtió hasta un grado impensable pocos años antes, la idea de que el esfuerzo personal y la actividad privadas debían cubrir multitud de aspectos de la vida nacional.

Esto explica que durante esa década el control del Estado sobre actividades antes jamás puestas en sus manos, afectara la casi totalidad de la vida argentina: seguros, transportes, comunicaciones, comercio exterior, previsión social, prensa, producción industrial, energía, minerales, etc. Y es lo que ha hecho casi imposible hasta hoy volver al punto de partida. Nos guste o no, el peronismo significó una socialización casi total tanto de la economía (comenzando por los bancos y el comercio exterior), como de los derechos y las obligaciones del individuo. La mayoría pensó —porque era lo que se le daba a entender desde el gobierno— que esa delegación en manos del Estado suponía un país enormemente rico que podía darse el lujo de que sus habitantes disminuyeran su capacidad productiva y se dejaran alimentar, alegrar y vivir, sin demasiados esfuerzos. La inflación feroz que comienza con el peronismo es un índice de esta concepción festiva de la economía que suponía que bastaba imprimir más billetes para enjugar con ellos los monstruosos déficits presupuestarios. Esa

⁴ En el número que la revista *Contorno*, Buenos Aires, 1956, núms. 7-8, dedicó al peronismo, se hicieron numerosas observaciones todavía aprovechables sobre el período. Véase, por ejemplo, Ismael Viñas, «Miedos, complejos y malosentendidos», sobre la destrucción de ciertos mitos; Tulio Halperin Donghi, «Del fascismo al peronismo».

inflación no ha sido detenida por ningún gobierno posterior (a excepción tal vez del período de Onganía: 1967-1969), y es esa inflación la que ha hecho imposible mejorar la capacidad de ahorro e inversión del país, que fue asombrosa en el período 1900-1940. Y que pareció reaparecer durante el gobierno de Arturo Illia, en 1963-1966.

Si volviéramos ahora a lo que decíamos sobre los intelectuales peronistas y a los escritores del grupo, podríamos clasificarlos de esta manera: 1) católicos tradicionalistas: Leopoldo Marechal, Ignacio B. Anzoátegui, Leonardo Castellani, Arturo Cambours Ocampo, Ricardo Furlong, Luis Torre Revello, Tomás de Lara, Horacio Rega Molina, Constancio C. Vigil, Luis Horacio Velázquez, Jorge Newton, Claudio Martínez Paivaz, Lizardo Zía, José María Castiñeira de Dios, Juan Oscar Ponferrada, Dalmiro Ayala Gauna, Juan Carlos Dávalos, Héctor Lafleur, José Luis Muñoz Azpiri, Luis Soler Cañas, Arturo Berenguer Carisomo, Pablo Carvallo. 2) Boedistas y martinfierristas: Marechal, Rega Molina, Zía, César Tiempo, Elías Castelnuovo, Arturo Cerretani, Homero Manzi, Nicolás Olivari. 3) Forjistas, nacionalistas y generación del 40: Fermín Chávez, Arturo Jauretche, Soler Cañas, Juan Pinto, Jorge Perrone, José Gobello, Alfonso Solá González, Ramón Doll, Raúl Scalabrini Ortiz, Pablo Carvallo, Cátulo González Castillo, María Granata.

El testimonio coetáneo y positivo

Los testimonios narrativos favorables al régimen y aparecidos durante el período 1945-1955 han sido, en general, examinados por Golder en su libro citado. Aquí intentaremos un análisis de alguno de esos textos con otra perspectiva: su valor testimonial, la calidad y eficacia literaria, las orientaciones ideológicas.

De todos los textos narrativos de la época, cuatro solamente pueden rescatarse por su relativa calidad literaria. En general fueron escritos por escritores no peronistas que asumieron una actitud de simpatía con respecto a hechos concretos de ese momento histórico. Las cuatro novelas son: Roberto A. Vagni, *Tierra extraña*, 1949; Jorge Perrone, *Se dice hombre*, La Plata, 1952; Luis Horacio Velázquez, *El juramento*, 1954, y Miguel Angel Speroni, *Las arenas*, 1954.

Todos estos autores provenían del nacionalismo. Unos, como Velázquez, habían sido radicales-forjistas. Otros, como Perrone, pertenecieron al nacionalismo católico de la Alianza Libertadora Nacionalista. Cuando examinemos el libro de Perrone veremos las notables diferencias que pueden establecerse entre este nacionalismo populista y el que representa Manuel Gálvez. Perrone perteneció a la nueva generación nacionalista que apareció en la Argentina después de 1940, grupo que a la actitud tradicionalista heredada había sumado un interés so-

cial y populista que no conocieron los fundadores del nacionalismo argentino de la década del 1920 al 1930⁵. Y, como se verá, bastará confrontar la descripción del 17 de octubre de 1945 hecha por Perrone con la que realizó años más tarde Manuel Gálvez, para comprobar la distancia que separaba a ambos grupos situados políticamente en una línea semejante.

De todos ellos el único que se atrevió a poner en escena al líder del movimiento fue Speroni, que ficticiamente lo llamó coronel Bustos. Su novela, *Las arenas*, da un muy completo panorama de los hechos ocurridos entre 1943 y 1945, aludiendo a varios de los protagonistas de esa época, apenas encubiertos bajo velados seudónimos: Sprille Braeden, el embajador norteamericano de entonces (Mr. Dodge), Cipriano Reyes, el líder obrero de la industria de la carne que fundó el partido Laborista (Ibarra, en la novela), Eva Duarte de Perón (llamada Ada en la ficción), así como Farrell, Doderó, Vernego Lima, Miranda, Velazco, etc., etc. *Las arenas* fue una típica novela-clave, limitada por la no escrita censura de la época. Comienza con la ascensión de Perón a la escena política después de la revolución de 1943 y se cierra el viernes día 13 de octubre de 1945, cuando Perón fue separado de su cargo de Ministro de Trabajo y Previsión y enviado preso a Martín García. Tal vez sea la única obra de ficción que historia desde dentro la figura trágica y contradictoria del primer aliado sindical importante que tuvo Perón: Cipriano Reyes, así como su separación y ruptura con el líder (que le costó torturas, cárcel y su desaparición total de la escena política). Desde este punto de vista, *Las arenas* tal vez sea la única obra narrativa que intenta describir la relación del político con las organizaciones obreras, historia —sobre todo en sus comienzos— que no ha sido escrita y que merecería un detenido y cuidadoso estudio.

El juramento, de Velázquez, está dedicada sobre todo a la descripción de los enormes movimientos de grupos obreros campesinos que abandonaron sus lugares de nacimiento para irse a vivir en los cinturones obreros alrededor de Buenos Aires, y que fueron algunos de los más poderosos sostenedores del peronismo. Uno de sus capítulos describe los pródromos del 17 de octubre de 1945.

Se dice hombre ganó un concurso organizado por el gobierno de la provincia de Buenos Aires en 1951. Editada el año siguiente, la novela de Perrone⁶ constituye tal vez uno de los poquísimos testimonios

⁵ Véase el documentado libro de Enrique Zuleta Álvarez *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, 1975, 2 vols., con una rica bibliografía.

⁶ Jorge I. Perrone fue el seudónimo de Alejo Jorge A. Dully, y su novela *Se dice hombre* se editó en La Plata por el Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires, 1952, 173 pp. Todas las citas se extraen de esta edición.

narrativos escrito por un nacionalista, de apoyo al peronismo. La obra, además, es el único retrato de ciertos estratos intelectuales característicos del nacionalismo de esa época, con una exposición de sus ideas. Así, por ejemplo, Perrone describe la existencia de un grupo nacionalista-peronista que en 1952-53 editó una revista literaria: *Latitud 34* (¡que realmente existió!) y en ella aparecen diversos escritores, periodistas, artistas y críticos nacionalistas de la época: Lisardo Zía, Brandán Caraffa, Centurión, etc., que exponen sus ideas contrarias al existencialismo sartriano y a la izquierda. Así como el telurismo, el tradicionalismo, la cultura nacional, el anti-europeísmo, etc.

La descripción que Perrone da del 17 de octubre⁷ posee una calidad humana, y sobre todo literaria, un poder emotivo y una inmediatez fáctica que debe ser aquí reconocida. Ningún otro escritor ha logrado algo semejante:

«La revolución. Suena un poco espectacular y se te ocurre que no tiene nada que ver con los porteros o los arrepentidos, que no tiene nada que ver con las pa-la-bras.

La cosa te alcanzó sorpresivamente.

Estabas parado en Diagonal y Florida. Unos gritos te llegaron de repente, haciéndote latir rápido el corazón. Cruzando por Cangallo, en dirección al bajo, un montón de muchachos iba dando gritos. Traían banderas. —¡Queremos a Perón! ¡Que-re-mos-a-Perón!

No supiste por qué, mas estabas seguro que ese grito era tuyo. Seguiste hasta la Avenida. Algunos negocios bajaban las metálicas.

En las esquinas, pequeños grupos hacían comentarios y miraban a cada uno que pasaba o se acercaba. Desde el fondo de la Avenida aparecieron otros muchachos. También venían con gritos y estandartes. Ahora notaste su cansancio. Que cuando pasaron cerca de vos tenían las camisas sucias y mojadás de sudor. Algunos callados, con un rumor pesado, de marcha larga, fatigada, de zapatillas que machacaban el asfalto.

Vos también quisiste gritar. El grito te vino desde adentro, lo tuviste en la garganta, y seguiste mirando con la boca apretada esto que sucedía.

Vinieron voceando la quinta, compraste *Crítica*. En la primera página recordás que viste una fotografía, en la parte de abajo, en donde siete u

⁷ Para los no informados: el 17 de octubre de 1945, una enorme manifestación popular se concentró en el centro de Buenos Aires y ante la Casa Rosada exigió la libertad de Perón, detenido en la isla Martín García y llevado después al Hospital Militar. Por decisión del gobierno, Perón fue puesto en libertad y desde los balcones de la casa de gobierno anunció el hecho. La fecha —importante por muchas razones— ha alcanzado en la historia del movimiento político peronista y en la historia social argentina una indiscutible relevancia. Véase: Félix Luna, *El 45. Crónica de un año decisivo*, 1969. Hugo Gambini, *El 17 de octubre de 1945*, Brújula, 1969. Tulio Halperín Donghi, «Crónica del período», en *Argentina 1930-1960*, volumen colectivo, Buenos Aires, Sur, 1961, con numerosos estudios sobre esas tres décadas.

ocho muchachos andaban por el medio de la calle, haciendo ademanes. Un título irónico y despectivo: «Los descamisados de Perón».

Venían mujeres; por la calle venían mujeres, muchachas de vestidos descoloridos, desgredñadas, con la cara arrebatada. Gritaban con voz ronca. Y también pibes.

Los comercios habían cerrado ya sus puertas. La ciudad iba asumiendo un aspecto de domingo, sin autos, cubiertos ahora por toda esa gente que llegaba desde muy lejos del asfalto.

Aquel silencio plomizo de la calle, en días anteriores, se venía para abajo y estallaba en gritos y gente cansada, anhelante. Volviste para el norte; desde Esmeralda notaste que en algunos balcones habían aparecido banderas. En una esquina, un muchacho se trepó a la garita del vigilante, y desde lejos viste cómo hablaba a los otros, que escuchaban haciendo gestos y agitando sus letreros.

Las palabras del muchacho eran confusas, embrolladas, rotas por el cansancio, pero los de abajo aplaudían.

Hubieras querido encontrarte con un amigo. Pero era lo mismo. Cualquiera llegaba y te decía cosas, te tuteaba, ni siquiera suponía por un instante que vos pudieras no estar con él. No supiste cómo, te hallaste frente a una Iglesia de San Ignacio. En las verjas del Colegio Nacional de Buenos Aires también había gente encaramada que arengaba a las columnas.

Te quitaste el saco, y empezaste a gritar. Andabas coreando estribillos. Descubriste un montón de consignas tuyas, aquellas por las que, por gritarlas, habían caído Lucebrón Guzmán o García Montañó, consignas de tu nacionalismo querido que ahora encontrabas en boca de esta gente venida de Avellaneda o Barracas o San Martín.

La tarde había rodado hasta no dar más, volteando su último sol tras la cúpula del Congreso.

Poco a poco, la plaza de Mayo se fue cubriendo. Una multitud enorme la llenaba. Metían los pies ardidos por la caminata en las fuentes donde se bañaban los gorriones. Otros andaban tirados por la tierra de los canteros. Otros llegaban con más banderas, y más gritos y más cansancio. Otros desde las ventanas del Banco de la Nación improvisaban más discursos.

Varios policías cerraban la entrada de la Casa de Gobierno, en donde las verjas de seguridad habían sido corridas desde las primeras horas de la tarde.

Las paredes de los edificios estaban llenas de leyendas escritas a tiza y carbón.

Tenías sed.

Al llegar la noche, la multitud desbordaba hacia la Avenida, por la Diagonal, a lo largo de las calles adyacentes. Y una nueva grito fue tomando cuerpo. Empezó como con un rumor apretado y ronco y el vocerío invadió todo el aire de la ciudad.

— ¡Quere-mos-a-Pe-rón! ¡Quere-mos-a-Pe-rón! ¡Quere-mos-a-Pe-rón! ¡Quere-mos-a-Pe-rón!

Era un rugir endiablado, que lo convertía a uno en pedacitos, lo trituraba y acababa fundiéndolo en una sola masa. Esa. Muchachones y muchachas con banderas y estandartes, y pañuelos en la cabeza, y alpargatas. Y hombres como vos, con el saco en el brazo.

Alcanzaste a ver que algunos aparecieron en los balcones de la Casa Rosada pidiendo silencio con las manos. Por unos parlantes colocados apresuradamente en los árboles de la plaza, se dijo algo así como que el coronel estaba enfermo, se nombró un hospital. Pedían calma y rogaban que se desconcentraran, que todo iba a arreglarse.

Te pareció que había pasado mucho tiempo desde esa tarde, desde cuando te sorprendieron los primeros gritos, ahí, en Florida y Diagonal; te pareció que esos hombres del balcón hablaban un lenguaje incomprendible, lleno de polvo, viejo, viejísimo. Hubieras querido explicarles que no entendías, que nadie entendía, que ustedes estaban para "lo otro", que "lo otro" tenía que suceder, que iba a suceder de todas maneras.

El griterío de la multitud desparramó en un guiñar de ojos las palabras de aquel hombre.

Oíste decir que otra manifestación andaba por la avenida Luis María Campos, frente al hospital Militar Central.

Las horas comenzaron a amontonarse sobre este gentío del que formabas parte, que aullaba y se impacientaba, con un jadeo que había empezado hacía mucho tiempo y que no terminaría nunca. Desde aquí abajo ustedes gritaban como locos.

—¡No-nos-va-mos-sin-Pe-rón! ¡No-nos-va-mos-sin-Pe-rón!

Había gente encaramada en los árboles, en los faroles, en el techo de los camiones y los autos, en los edificios en construcción.

La noche era fresca, y se deslizaba hacia el río.

Una fuerza movediza, incontrolable, suelta, una fuerza que hubiera estado ahí, desde siempre, que podía tirar la ciudad, doblarla, volverla escombros, dejar todo Buenos Aires convertido en campo.

A veces la multitud ofrece un curioso aspecto. Asume la condición de un animal fabuloso con el hocico hacia el suelo, un hocico que percibe los olores más sutiles, más imposibles de alcanzar. Vos solo, vos en tu condición de hombre solo, nunca serías capaz de alcanzar, de ubicar, los olores en tal forma. La multitud siempre es un instinto. Está en posesión de la pureza. Aunque incendie tranvías o balee a otros hombres. Tal vez los ataque porque inconcientemente sepa que son hombres solos. La multitud odia al hombre solo. Es el que está en la otra vereda. Es el que está contra. Es el enemigo. Por él, es decir, contra él, se hizo la multitud. Ser hombre solo no significa una ubicación geográfica, de dentro o de fuera, geográficamente.

Es una cuestión de olores también. El que conduce la multitud siempre está separado —geográficamente— de ella, pero ése es la multitud por definición, es el mito multitud. De ahí que esté al tanto de lo que la masa siente, quiere, ama u odia.

El hombre será siempre multitud. Su soledad es una fuga. Cuando se encierra en su cuarto pierde el control de la realidad, se evade, es extran-

jero. Los hombres solos pueden ser muchos, en ocasiones suman más que la multitud. Pero nunca alcanzan la condición de multitud.

Son montón. Puede que en cierto tiempo la multitud se reduzca a uno. Ese único justifica la época y la salva.

Algo corrió entre el gentío. Algo sentiste que estalló como un pistoletazo en la vida de esa multitud que te estrujaba y ceñía como en una enredadera. Había aparecido sobre el balcón central de la Casa de Gobierno un hombre que movía los brazos en el aire. El hombre estaba un poco alejado de vos y no alcanzabas a distinguir su cara. Pero lo supiste instantáneamente, como lo supieron instantáneamente los que estaban por Tacuarí o más atrás, o más distantes. Un clamoreo que rajaba la ciudad como una granada:

—¡Pe-rón! ¡Pe-rón! ¡Pe-rón! ¡Pe-rón!

El grito era ése. Pero quería decir, decía, otras cosas, muchas cosas más. Era una mezcla salvaje de hambre, de dolor, de esperanza, de fatiga, de alegría. El hombre estaba entre mucha gente, allá arriba, pero era ése.

Alguien agitó el pañuelo en el aire. Alguien encendió un diario retorcido como una antorcha. Y todo aquello fue un oleaje de fuego, brotando, vi-viendo. El clamoreo no acababa nunca. Te pareció que toda la vida habías estado aguardando ese grito, este oleaje, esta furia, este fuego, pero desde muy atrás, desde siempre. Casi pensaste que desde el indio.

Cerca de vos, un hombre de barba sin afeitado, murmuró entre sollozos, con los dientes apretados:

—¡La rep... madre!

Tenía la cara llena de lágrimas, le temblaban los labios vueltos hacia afuera, afinados, endurecidos. Vos también lo veías todo turbio.

Y la grito continuaba como una manaza enorme que quisiera arrancarte todo lo que llevaras dentro: los huesos, la sangre, los nervios, las tripas.

Después el hombre comenzó a hablar, entrecortado, como si cada palabra tuviera que empujarla hacia afuera, hombreándola, roncamente, cálidamente. A cada sílaba la multitud lo interrumpía para seguir gritando. La voz te trajo un escalofrío. Ya no importaba lo que dijera. Estaba aceptado de antemano. Ya se sabía lo que iba a decir. No hacía falta decirlo, estaba dicho, sabido» (pp. 34-43).

Aunque no posee un gran valor literario, la obra de Perrone resulta digna de tenerse en cuenta por su carácter documental, que mezcla sin problemas lo periodístico con algunos aciertos emotivos. Desde este punto de vista su testimonio del 17 de octubre, narrado en una insólita segunda persona (más tarde convertida en recurso prestigioso por algunos escritores franceses) combina diversos aspectos que merecer señalarse. Obsérvese de qué manera Perrone emplea la segunda persona para hablarse (y describirse) a sí mismo y —claro está— al lector. El narrador se desdobra y se autoexamina desde distintos ángulos. A la vez narra lo contemplado con una suma de testimonios particulares: las actitudes de la multitud, la de algunos testigos y actores, las reacciones personales. Perrone pasa sin problemas

de la prosa descriptiva en tercera persona al autoanálisis y a la exposición doctrinaria.

Pero lo más singular está en su consideración del valor de la multitud. Perrone, integrante de un grupo caracterizadamente minoritario y enemigo de los movimientos de masa, adopta una idea romántica y populista: la voz de la multitud es la voz de Dios. La multitud, escribe, «está en posesión de la pureza», y los que se separan de ella son sus enemigos. El que la dirige no es importante por ser su jefe; es valioso porque la encarna y representa, porque posee su esencia. Ya veremos cuán diferente es la postura de Gálvez ante las masas, y qué sentido adopta en sus páginas la visión paternalista del «jefe».

En la actitud de Perrone había grandes contradicciones ideológicas, pero esas fallas fueron típicas de los grupos nacionalistas de derecha que apoyaron a Perón en su primera época. Muchos se acercaron al líder político porque éste pareció adoptar sus consignas anti-imperialistas y se negó a romper relaciones con el Eje durante la segunda guerra mundial, apoyo al catolicismo hispanófilo y se declaró enemigo de los liberales argentinos (así como rechazó la tradición cultural e histórica del liberalismo).

Literariamente creemos que estas breves páginas que describen el episodio clave del 17 de octubre de 1945 deben ser las más logradas que se han escrito narrando esta fecha singular en nuestra historia.

Manuel Gálvez o el catolicismo conservador

El realismo francés del siglo XIX, el que tiene sus ejemplos más valiosos en Balzac, Stendhal y finalmente Flaubert, no llegó a Gálvez (1882-1962). Don Manuel más bien debería ser colocado entre los discípulos directos de Galdós, con su intervención permanente en la acción, con sus opiniones personales que afloran con motivo de cualquier situación, hecho o personaje, o se expresan directamente por boca de algunos de ellos. Este realismo primario, ingenuo, este realismo que todavía no ha aprendido las sutiles trampas para ocultar la voz del narrador y la del autor, es el que caracterizó a Manuel Gálvez. Esto explica que en ninguna de sus numerosas obras haya buscado la impasibilidad (o lo que se persigue representar con ella), el espejo de que hablaba Stendhal, una objetividad concreta y aparentemente científica. Muy por el contrario, en todas sus novelas es posible descubrir el o los agonistas por cuya boca habla el autor; y en muchas partes es frecuente escuchar las opiniones de Gálvez, no ya ocultas en la neutralidad relativa de la tercera persona, sino directamente por boca del narrador...

Lo que Gálvez tomó del realismo decimonónico fue, en primer lugar, la técnica de la cuidadosa documentación previa (el *dossier* de

los franceses; véase lo que él mismo escribe en *El mundo de los seres ficticios*, 1961). Por eso gran parte de su obra vale hoy como un documento de altísimo valor, como un testimonio descriptivo muchas veces logrado de ciertos períodos, momentos y problemas concretos de la vida argentina. Quien quiera conocer cuál era la situación de los escritores e intelectuales de Buenos Aires en las dos primeras décadas de este siglo, deberá recurrir inevitablemente a *El mal metafísico*. Para conocer la forma de vida, las costumbres, los valores que regían ciertas dormidas ciudades provincianas del noroeste argentino hacia 1920, deberá leer *La maestra normal*. Y lo mismo puede decirse de su hermosa reconstrucción de la época de Rosas, de su pintura de la Córdoba de comienzos de la centuria, de su rica novela sobre el mundo turfístico, etc. Y como el autor no disimula en ningún instante sus opiniones, sus textos sirven, claramente, como muy concretas manifestaciones de las ideas y actitudes que su grupo asumió ante episodios determinados de la realidad social y política argentina. En ese sentido, las dos novelas de Gálvez que analizaremos a continuación servirán muy bien para caracterizar las opuestas y distintas actitudes que el catolicismo conservador argentino asumió frente a dos momentos claves del régimen peronista: el del nacimiento y afirmación del movimiento (1945-1950) y el de su polémico enfrentamiento con la Iglesia (1954-1955).

Su mejor novela —según la mayoría de los críticos— sirva también para este mismo fin. *Hombres en soledad*, 1938, es un extenso friso que nos informa detalladamente sobre las ambiciones, los deseos, las formas de vida de ciertos grupos de la oligarquía tradicional argentina, entre los pródromos de la revolución setembrina de 1930, y los años posteriores, antes del comienzo de la segunda guerra mundial.

Se ha señalado con acierto que en Gálvez prevalece lo descriptivo (el realismo documental) por sobre la creación de personajes y la calidad de la trama. Que los agonistas y las situaciones de sus obras se supeditan casi siempre a la decisión visible del autor de mostrar, de describir, antes que de narrar (N. Desinano). En *Hombres en Soledad*, Gálvez logró por casi única vez equilibrar perfectamente la pintura del momento histórico con las aventuras y avatares personales de sus seres de ficción. Hay una evidente congruencia, una correspondencia funcional entre las existencias de los personajes y los hechos y circunstancias históricas que los rodean. Ni lo social y político se dan como un marco externo, convertido en mera crónica adosada al desenvolvimiento dramático de la novela. Ni esta última carece de una estructura formal más o menos lograda y coherente. Ni los personajes parecen meros representantes de corrientes ideológicas y sociales.

En esta novela Gálvez describió las actitudes y reacciones que miembros de su grupo social tuvieron frente al golpe uriburista de 1930: sus esperanzas previas, alentadas por el triunfo y primeros éxitos del nazismo y fascismo europeos, así como el proceso posterior del régimen que desembocó en la negativa realidad de Justo, lo cual los llevó al desconsuelo y a la desesperación: habían perdido el poder político real, estaban perdiendo también el poder económico y el combatido liberalismo se había convertido en cabecera de puente y servidor incondicional del imperialismo anglosajón.

¿Por qué nos ocupamos de esta obra antes de analizar *El uno y la multitud*, 1955? En primer lugar, el núcleo familiar en torno al cual se desarrolla la acción de la novela de 1938 es casi el mismo: la familia Claraval, conocidos y amigos (Brígida, los Loira, su tío, etc.) reaparecen en la novela centrada en la primera etapa del peronismo. Pero hay algo más que también es importante destacar. Entre ambas obras se da una evidente relación que nace del proceso histórico mismo vivido por el país durante esos años. Y ese proceso histórico está directamente relacionado con la situación económica y política de la clase central a la que se alude en *Hombres en soledad*: la oligarquía terrateniente. Entre 1938 y 1945 esa clase verá decaer su influencia política y también su situación económica sufrirá visibles deterioros. Mientras en el período justista había sido desplazada de los puestos de mando por los abogados y empleados que servían a las compañías y frigoríficos extranjeros, en el período peronista se verá sometida y dominada por un nuevo elemento social: los obreros y la clase media (empleados, administradores, técnicos, profesionales), que ocuparán ahora el centro de la escena política. Lo singular es que ese nuevo motor de la realidad social no aparece sino muy contadas veces en la novela *El uno y la multitud*, pero está siempre presente, como un *deus ex machina* a través de toda la obra. La situación histórica y social que rodeaba a los personajes en 1938 ha variado sustancialmente, y el elemento dinámico de toda la acción en la obra de 1955 es también distinto. Ahora se trata de una clase social lanzada a la conquista del poder político, dirigida por un líder que solamente en ciertos aspectos se parece a la imagen del «jefe» deseada y estimada por Gálvez y su grupo.

Como escribió Norma Desinano:

«El pueblo, el proletariado que Gálvez había tratado literariamente en algunas de sus novelas anteriores, aparece ahora como una fuerza en acto, que el autor hace aparecer muy poco en la ficción, pero que es la clave de muchas de las reacciones y situaciones de la novela. Un nuevo líder, Perón, cercano en algunos aspectos políticos al nacionalismo de Gálvez, permite al autor realizar una nueva encarnación de su hombre fuerte,

capaz de llevar a cabo los objetivos del nacionalismo. Otro elemento que presta a esta novela un carácter distinto al de *Hombres en soledad* —a pesar de tratarse en ambos casos de un mismo protagonista— es la aparición de una nueva generación de jóvenes que, sin separarse en la ficción de la ideología nacionalista, representan puntos de vista un poco diferentes»⁸.

El uno y la multitud, y en esto reside su excepcional valor histórico, consiste fundamentalmente en la pintura de las reacciones de un grupo central de personajes pertenecientes a ciertos niveles de la oligarquía, frente al momento político que vivió el país entre 1942 y 1947. En ese grupo debemos destacar dos sectores muy bien diferenciados por el autor. El del juez Claraval, que pertenece a la oligarquía empobrecida (descendiente de antiguos poseedores de tierras), y el de los administradores de empresas extranjeras, cuyo paradigma es Loira, que dependen de esos intereses y los sirven en su acción imperialista en contra del país.

Claraval expresa y tipifica con una claridad desusada no solamente las ideas y las opiniones del mismo Gálvez, sino que a través de sus monólogos y pensamientos se manifiestan las que sostenía todo un sector social y político argentino. El hijo de Claraval, Tito, estudiante de medicina, encarna en el libro los ideales de los jóvenes nacionalistas de esos años, con sus ribetes agresivos, fascizantes, católicos, paternalistas y populistas, y con su sostenida actitud antiimperialista en contra de la dependencia de Inglaterra y de los Estados Unidos⁹. En la reacción —por ejemplo— de Claraval frente a las medidas obreristas de Perón, es posible ver ciertos progresos, ciertas formas de apertura que superan algo las posturas de tibio reformador social

⁸ Norma Desinano, *La novelística de Manuel Gálvez*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1965, p. 38.

⁹ No se olvide que fueron los nacionalistas los que iniciaron en la Argentina la prédica —y la demostración documental— de la dependencia económica del país frente a Inglaterra. El libro esencial que comenzó esa tarea política —imitada más tarde por la izquierda— fue el que escribieron los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico*, 1934. Y fueron también los nacionalistas de derechas quienes demostraron que esa dependencia económica, nefasta para el país, venía desde la época rivadaviana, en la primera mitad del siglo XIX. Entre tantos volúmenes sobre este tema véase Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata*, 1936; *Historia de los ferrocarriles argentinos*, 1940. En cuanto a aspectos económicos del siglo XX: Jorge del Río, *Política argentina y monopolios eléctricos. Investigación Rodríguez Conde*, 1958. En lo que respecta a la política económica proteccionista —por parte del Estado— y a ciertos aspectos sociales, ya Lugones en 1930-1931 propuso una serie de medidas que Perón pondrá en marcha después de 1946. Véase nuestro trabajo: «El ensayo: del 30 a la actualidad», en *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970, volumen III, pp. 1273-1296.

que Gálvez alentó en los años 20¹⁰. Desde este punto de vista, la figura del juez permite un análisis muy atractivo de las disímiles influencias ideológicas que conformaron al novelista. Y si comparamos las reacciones de este personaje con las que Gálvez expresó en otras anteriores (como *La maestra normal* o *Historia de arrabal*) veríamos que —en el fondo— Gálvez no había cambiado demasiado...

Con respecto a los sectores marginados, Claraval se da cuenta de la difícil situación económica que soportan, de sus elementales necesidades materiales. A través de su mujer, Bela (pp. 29-31), Gálvez señala la insuficiencia de la caridad, la necesidad de cambiar situaciones extremas e intolerables. Y lo que propone no pasa de ser un elemental reformismo. Su cristiano rechazo a la injusticia se une, como en Claraval, a un temor incontenible frente a la palabra revolución o a cualquier tipo de medida socializante (un ejemplo típico en las pp. 63-64)¹¹.

El capítulo IV de la primera parte está dedicado a expresar las ideas de Claraval en cuanto a los problemas sociales (pp. 34-41); ellas difieren muy poco de las expresadas por Gálvez durante toda su vida: situación de esclavitud de los obreros en ingenios y fábricas, salarios bajos, incumplimiento de las leyes obreras. Y termina echando la culpa de todo al imperialismo (p. 36). Por eso reitera varias veces, ya en boca de Bela, ya en la de Claraval, la frase de Perón: «que no haya ricos demasiado ricos, ni pobres demasiado pobres». Tanto Claraval como su hijo apuntan a un evidente paternalismo. A medida que avanza el libro y las medidas sociales del peronismo se acentúan, un cierto temor comienza a roer el pecho impoluto del juez. Al comienzo del capítulo XXIII leemos:

¹⁰ La imagen actual de Gálvez debe matizarse, sin embargo, cuando se examina la situación que ocupó en la literatura argentina —e hispanoamericana— de la primera y segunda década de este siglo. Cuando nadie —o muy pocos— se preocupaban por reflejar la situación concreta de ciertos grupos proletarios y de los bajos fondos argentinos (así como algunos graves problemas sociales), don Manuel describió la vida del arrabal, la trata de blancas, la prostitución y la vida obrera. Estos temas serán retomados por los llamados escritores sociales de Boedo (1920-1940). Estudiante de Derecho, su tesis de doctorado fue sobre *La trata de blancas*; después publicó *Nacha Regúles*, 1919; *La inseguridad de la vida obrera*, ¿1909?; *Historia de arrabal*, 1922; *Luna de Miel*, ¿1923? Es importante recordar que *Nacha Regúles* fue editada como folletín por el diario *La Vanguardia*, órgano del partido socialista. Y el primero —y único— libro sobre la obra de nuestro novelista fue escrito por dos integrantes de Boedo, N. Olivari y C. Stanchina, *Manuel Gálvez y su obra*, 1932.

¹¹ *El uno y la multitud*, Alpe, 1955, describe —repetimos— el período 1942-1947. *Tránsito Guzmán*, Theoria, 1956, los febriles y trágicos meses de 1955. Todas nuestras citas corresponden a estas ediciones, pues las novelas no han sido reeditadas.

«Comenzó el año 1945, uno de los más trascendentales y agitados de nuestra historia... Año de infierno, de vida imposible, desagradable, histérica, rabiosa...

Gervasio Claraval..., en medio de la lucha, veía el avance de grandes masas proletarias, la entrada en acción de un hombre nuevo, que no era el hombre de la simple multitud, de la agregación de millares de hombres unos a otros, sino del hombre que se siente formando parte de la masa, que se mueve por un tremendo empuje hacia adelante, que tiene conciencia de su poder, de su justicia, de sus derechos contra el privilegio. No era el viejo "pueblo" de los políticos liberales, sino la moderna masa revolucionaria» (p. 181).

A Tito, Claraval le había oído decir varias veces: —La libertad sólo favorece a los explotadores. Si se deja libertad de prensa, como la que antes había, los yanquis comprarán los diarios y harán tremendas campañas contra la justicia social y la recuperación nacional. El capital no tiene entrañas. Hay que amordazarlo para que no grite.

Claraval no exponía sus opiniones delante de cualquiera. Por el contrario, las callaba. Había sido siempre individualista y liberal. ¿Cómo dejar ver que había cambiado de ideas? Pero ¿había dejado por completo de ser individualista y liberal? El creía que no. Y acaso algo le daba la razón, porque más de una vez, ante un avance del Poder, una protesta se había erguido en su interior» (p. 185).

A Gálvez, como a tantos revolucionarios de izquierda, liberales ateos y anticatólicos de esos años, le molestaban los aspectos populistas del peronismo, la invasión que pacíficamente cumplieron los obreros y empleados, disfrutando en grandes grupos de los lugares veraniegos que hasta 1945 habían estado reservados solamente para una minoría. A través de las palabras de Claraval nuestro novelista expresaba su misoneísmo oligárquico y despectivo, su desprecio y su temor por las multitudes que podían viajar, que podían ir de vacaciones, que habían cambiado sus costumbres y empezaban a transformar el rostro mismo de muchos lugares del país. Por eso califica a Mar del Plata como «feria de impudores» (p. 126): le horrorizan el amontonamiento, la relativa promiscuidad, el rozarse de las epidermis, la mostración desnuda del cuerpo... Los colectivos (autobuses) le merecen el calificativo de «colectivismo... de traseros y olores», y proseguía:

«... esto del baño en las playas marplatenses le parecía mucho peor. El no era moralista, pero prefería el pecado en secreto, el pecado que parece avergonzarse de sí mismo, a esta exhibición de carne humana...

¡Vivir en multitud!... La actual vida en multitud, horrible para el hombre que se ha formado en la existencia individualista y vivido en ella, será, a juicio de Claraval, el modo de vida del futuro. Había un conflicto trágico entre el hombre y la masa, y todo, indudablemente, demostraba la próxima

derrota del hombre. Todo cuanto ahora se hacía era para la masa: los gigantescos edificios, las ciudades inmensas, las universidades populares. Hasta la cultura, que parecía lo más individual que existiese, habíase olvidado del hombre para dirigirse a la masa. El humanismo desaparecerá o se refugiará en donde pueda, como en la Edad Media, en los conventos. El dolor del hombre formado en la cultura individualista será ver cómo, al vivir vida colectiva, se irá convirtiendo en una infinita partícula de la masa. Claraval pensaba que el hombre perdería no sólo su individualidad, sino también su alma... Vivir en la multitud. A él lo horrorizaba» (p. 126).

Esta actitud ante las multitudes, este temor sumado al desprecio frente a los grandes grupos que Perón logró reunir y manejar durante su gobierno con habilidad de maestro, está magníficamente expresado por Gálvez en su descripción del 17 de octubre de 1945. Su pintura permite ver en primer lugar el apartamiento, el rechazo frecuente que los intelectuales siempre han manifestado ante las opiniones masificadas; pero a la vez ella sintetiza no solamente la actitud del grupo que representaba Gálvez, sino también la reacción de numerosos sectores políticos e intelectuales argentinos que en esos años cruciales se opusieron a la falta de gusto, a la grosería, a la bastedad y ordinariez de quienes apoyaron a Perón (conservadores, liberales, católicos, socialistas, comunistas, radicales, etc.). Lo que valoriza esta página de Gálvez es que él se atrevió a confesar sus opiniones y sentimientos:

«Pegado a la radio, Claraval enterábase, no sin algún asombro, del despertar de *las plebes*... De pronto, gritos en la calle, Claraval corrió a la ventana de su escritorio y la abrió de par en par... Era una columna como de dos cuadras, que pasaba cantando, vitoreando y riéndose.

—Dan vivas al coronel Perón —le informó su marido— y piden su libertad. Fíjate ¡qué curioso! No dan mueras a nadie, ni insultan a las ventanas de los oligarcas, que están cerrando con hostilidad. No levantan el puño. No amenazan de ningún otro modo.

—¡Y casi todos son muchachos! Todos, mejor dicho. No se ve un viejo. Parecen muchachos de veinte, de veinticinco años. Y se ríen, y cantan...» (p. 252).

«Fueron por el Bajo, dejaron el automóvil lo más seguro que pudieron, y trataron de penetrar en la plaza.

Era aquello una masa compacta de hombres y mujeres. Cada cuerpo pegado a cada cuerpo, apretado, ajustado. Ni un solo claro, ni un resquicio. Había que avanzar a fuerza de codo, entrando poco a poco, hábilmente. Claraval sentíase oprimido y sitiado por ojos ansiosos de avanzar, a los que apenas distinguía en la oscuridad. Los altos focos alumbraban la negrura de la multitud. Hacia la plaza veíanse antorchas, sin duda hechas de diarios. Aquí y allí, a su lado, brazos tremolantes, agitados, se alzaban como lanzas. Gritos que entraban en su carne, le hacían doler, le sacudían. Algo avanzaba Claraval. Avanzaba separado de su hijo y sus amigos, junto con toda esa masa apretujada, *ululante*, de miles de ojos

enormes, de miles de brazos, de miles de cuerpos que lo zarandeaban. Y avanzaba poco a poco, a veces en arranques violentos, pisoteados sus pies por miles de pies, tocado su cuerpo por miles de manos. Altoparlantes informaban. Súpose, entre carcajadas, que habíase formado el nuevo ministerio, pero que ya estaba en el suelo por el triunfo de Perón y del pueblo.

Las once de la noche. En un balcón de la Casa de Gobierno aparecieron el general Farrell, presidente de la república, y el coronel Perón. Claraval no podía verlos, pero oía *aullar* el nombre del coronel. Debía ser el estruendo como el de las cataratas del Iguazú. Vociferación enorme, inabordable, hecha de gritos, de *bramidos*, de *aullidos*. Cuando eso calló, dijo Farrell: 'Otra vez, junto a ustedes, el hombre que ha sabido ganar el corazón de todos.' El mundo pareció venirse abajo, tal era el estrépito. *Claraval sentíase apaleado*. Farrell rogó silencio, disciplina, para que hablase Perón. Informó que el gabinete, el nonato, había renunciado. En esta ovación, que fue también rechifla, entraron carcajadas, risas, chillidos. 'El gobierno no será entregado a la Corte.' Delirantes aclamaciones.

Ahora callaron los murmullos más tenues, los suspiros, las respiraciones. Iba a hablar Perón. Informó que había pedido su baja del Ejército: sería siempre el coronel Perón. Rogó al pueblo permanecer allí un cuarto de hora: quería fijar en su retina el espectáculo.

Claraval soportó con angustia el tremendo entusiasmo de la multitud. A sus vecinos se les multiplicaban los cuerpos, los brazos, las contracciones, los olores. Lo distraían las antorchas erguidas en la plaza. El sentíase contento, por el espectáculo grandioso a que estaba asistiendo, y desgraciado por las molestias que experimentaba. Sentíase enfermo de multitud. ¡Y él, que buscaba la soledad, ir a meterse allí! No había dejado de estar solo, sin embargo: solo en medio del mar humano, sin un alma con la cual comunicarse. Allí no había almas individuales, sino una alma única, el alma multitudinaria. Pero él no se consideró sumergido, desaparecido en ella. Aunque opinase como ella, no sentía como ella, no vibraba como ella. Luchaba por no perder su personalidad. Luchaba sin apoyos, y no se consideraba él mismo sino cuando hablaba el altoparlante, cuando hablaron Farrell y Perón, hombres individuales, que no pertenecían a la muchedumbre estentórea de la plaza» (pp. 254-255).

El uso de ciertos términos muestra la actitud de Claraval (y de tantos intelectuales argentinos de la época) frente a las transformaciones que vivía el país. Obsérvese los calificativos y los nombres que Gálvez pone en boca del personaje para referirse a quienes apoyaban masivamente a Perón: «Claraval enterábase del despertar de *las plebes...*». Los comentarios positivos que después se hacen sobre el pacifismo de los manifestantes están en contradicción visible con el plural *las plebes*, cargado de temor y de indomado desprecio. Pero ese pacifismo mostraba el otro costado concreto que el peronismo supo tener muy en cuenta: la falta de agresividad revolucionaria de quienes lo apoyaron. Perón realizó una típica revolución burguesa,

revolución que —consciente o inconscientemente— significó cambios sustanciales en la vida argentina.

Y la actitud de Claraval (como la de Gálvez) es representativa de las razones por las cuales los católicos apoyaron a Perón: éste dictó la ley de enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas, entregó a la jerarquía eclesiástica el manejo de la enseñanza oficial argentina, concedió a la Iglesia y a los católicos un poder discrecional en muchas esferas concretas del gobierno. Pero también lo apoyaron porque vieron en él una muy segura valla a toda intención de transformar la realidad social argentina, a cualquier posibilidad de trasvasar a las estructuras sindicales u obreras algo del poder político real. Los católicos vieron en el peronismo la encarnación efectiva del paternalismo estatal, del bonapartismo a escala sindical; y no se equivocaron. Por eso la satisfacción que invade a Claraval y su mujer cuando ven que los manifestantes no amenazan a nadie, ni insultan a los oligarcas (p. 252), así como el comentario del juez a sus hijos, revelando su alegría porque la revolución del 17 de octubre no ha desencadenado ningún hecho de violencia..., lo cual mostraba que Gálvez y su grupo tenían perfecta conciencia de que, en el fondo, Perón y el peronismo no pasaban de ser un movimiento reformista ruidoso y declamatorio, chacotón y festival, que no iban a cambiar —en el fondo— nada de manera completa.

El costado aristocratizante de Gálvez y su grupo (y el de muchos liberales, socialistas, comunistas e intelectuales argentinos de su tiempo) se manifiesta en su visión de la multitud en la plaza de Mayo. Compárese la pintura de don Manuel con la de Perrone, por ejemplo, y se tendrá una idea de las diferencias que los separaban. Lo primero que molesta al protagonista es la cercanía física de los cuerpos (lo mismo que le irritaba en Mar del Plata...). Los gritos y ruidos lo molestan, lo agreden. Como los olores, los apretujones y la inmediatez de epidermis y presencias. La Multitud es identificada con algo inhumano, como lo bestial y animal. Por eso se dice que *aúlla, ulula, da bramidos, chillá, delira*. Y el alma individual, liberal y aristocrática de Claraval no se siente identificada con ella; pero sí percibe que es a él, ser inteligente e individual, a quien se dirigen las voces de los «jefes» que hablan por los altavoces... Las reacciones de la multitud lo golpean y estrujan, lo hieren en su sensibilidad y en su físico, lo angustian y molestan. Por eso establece una cuidada diferencia entre las ideas de la multitud, que comparte, y el alma de la multitud, a la que no pertenece...

Los aspectos históricos del período —como en otras obras del mismo autor— están bien descriptos, aunque se dan desgajados de la acción principal. En ese sentido, Gálvez deja una buena pintura de los acontecimientos esenciales: conflictos entre nacionalistas y

aliadófilos frente al problema de las relaciones de la Argentina con el Eje, la formación de la Unión Democrática (unión de partidos políticos que se opusieron a Perón), la aparición y actuación del embajador norteamericano Braden, las conspiraciones contra Perón, la publicación del Libro Azul de los Estados Unidos, las elecciones de 1946, etc.

Donde la novela bordea el ridículo es cuando describe el mundo obrero; allí se ve que es un nivel que Gálvez desconoce y que en su retina todavía perviven las imágenes obreristas de comienzos de siglo. El otro contexto proletario que atrajo a Gálvez fue el de las numerosas muchachas de las provincias del norte argentino (Catamarca, La Rioja, Salta, Tucumán, Jujuy, Santiago del Estero), que integrando verdaderas caravanas emigraron hacia Buenos Aires en busca de trabajo. Puede afirmarse que ciertos aspectos de esas migraciones han sido bien documentadas por Gálvez, pero siempre desde fuera, y dominado por limitaciones explicables, dada su edad y su visión del mundo.

Políticamente, Gálvez fue siempre nacionalista. Si en 1910 su nacionalismo era folklórico y, sobre todo, hispanizante, en 1930 fue anti-imperialista y fascistizante¹². En 1945, Gálvez defendió el neutralismo de la Argentina frente a la guerra mundial, que era la posición correcta, la independencia económica y la independencia ideológica. En cuanto a la sociedad fue lo que fue siempre: conservador, paternalista y xenófobo. En *El uno y la multitud* es posible detectar un irreprimible desprecio por las multitudes, actitudes reaccionarias y conservatismos de toda laya: antisemitismo, ataques a los que tenían apellidos no-hispánicos (siriolibaneses, italianos, judíos), visión infantilmente conservadora de la mujer (las que estudian en la Universidad y, sobre todo, las estudiantes de Medicina se le antojan todas ateas, anticlericales y corrompidas desde el punto de vista moral...), asco y desprecio

¹² Ya en *El diario de Gabriel Quiroga*, 1910, Gálvez defendía un nacionalismo espiritual que debía volver a las fuentes hispánicas de nuestra cultura. En *El solar de la raza*, 1913, escribió un canto de admiración a la grandeza de España y revalorizó su herencia espiritual: lengua, religión, valores éticos y vitales. Allí señalaba Gálvez la necesidad de «re-espiritualizar» a la Argentina, volviendo a la concepción anti-materialista de la vida típica de España. Y hacía un encendido elogio de la tenacidad, el estoicismo y la espiritualidad hispánicas. Las opiniones políticas del Gálvez de la década del 30 (de las que pareció apartarse un poco en años posteriores) pueden leerse en *Este pueblo necesita...*, 1934, colección de artículos aparecido en *La Nación* de Buenos Aires. Allí pedía para su país juventud, patriotismo, heroicidad, moralidad, ideales y jerarquía. Mostrábase admirador de un estado totalitario, alababa la dictadura uriburista y la obra se cerraba con un elogio de Mussolini, Hitler y Dollfus, y reclamaba para la Argentina un estado fuerte y autoritario... Sobre todo este período véase nuestro trabajo «El ensayo moderno. Martínez Estrada», en *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970, vol. III, pp. 1033-1054.

por los socialistas y por todos aquellos que asumían actitudes no convencionales. Gálvez parecía olvidar que la Argentina se ha hecho gracias al aporte de millones de hombres venidos de todos los orígenes; y que en muchos de los cargos más importantes del Estado (y en numerosos de los estamentos más altos de las Fuerzas Armadas, la Administración y la enseñanza universitaria) podrían contarse innumerables apellidos de origen sirio, judío, italiano, francés, irlandés, inglés, libanés, etc.

Persisten en esta novela ideas que Gálvez ya había expuesto en *La maestra normal* (de 1914): que lo argentino auténtico está en las provincias del noroeste, que lo hispánico es lo único hereditariamente argentino, que lo inglés y lo francés deforman nuestras mentes y nuestras creencias... La voz cantante de las ideas del autor las expresan Tito, el hijo nacionalista de Claraval, durante la primera mitad de la novela (hasta la revolución de 1943). A partir de ese momento es su padre quien las asume, el cual es colocado ahora en primer plano. Y aunque Claraval toma con simpatía la evolución del fenómeno peronista, en varias partes es visible el temor que la organización social y sindical del movimiento despiertan en el juez. Porque ve que en lugar de ser un elemento anodino que recibe mejoras y se queda contento, el grupo obrero comienza a reclamar una cada vez mayor participación política, que llegará pronto a preocupar al mismo catolicismo y lo empujará a enfrentarse con Perón.

Desde el punto de vista literario, la evolución del carácter de Gervasio Claraval es coherente: se ajusta a lo que el personaje es y desea. No ocurre lo mismo con la solución que se le da al hijo, Tito, en la obra. Su final resulta forzado, porque de un activismo casi delirante pasa a la entrega a la vida religiosa. Y aun dentro de ella actúa de modo inconsecuente. Este alejamiento de la acción, tanto del padre como del hijo, representa, de alguna manera, no solamente la actitud de los católicos nacionalistas de entonces (desalojados de toda posibilidad real de influir sobre la vida política argentina), sino también la de los sectores antiimperialistas que en un primer momento vieron con simpatía a Perón. Por un lado, la preeminencia que éste dio a los sindicatos; por otro, sus métodos para consolidar su poder, fueron alejando lentamente a muchos de los que en un primer momento vieron su aparición con cierta esperanza. Es que Perón proponía algo distinto y nuevo; algo que cargaba en su seno posibilidades que ni él mismo se atrevió a llevar a su final irreversible. Ni fue capaz de una transformación social revolucionaria, ni logró un asentamiento económicamente sólido del país desde el punto de vista de su desarrollo capitalista. La corrupción visible del régimen fue acentuándose, la megalomanía política creció sin detenerse hasta el choque final con los católicos, la ineptitud y el derroche festival se convirtieron en los

módulos de gobierno, el sonado antiimperialismo fue decreciendo hasta desembocar en los famosos contratos de explotación de los yacimientos petrolíferos argentinos que se firmaron entre abril y mayo de 1955.

Literariamente la obra sufre de fracturas insalvables:

«El contexto histórico se da nuevamente en forma de crónica, independiente del relato o de la acción. En un momento dado, y regularmente a lo largo de toda la novela, se produce un corte en la acción y se intercala un párrafo de estilo periodístico en el que se informa al lector de los acontecimientos ocurridos en la vida política del país mientras se desarrollaba la trama de la novela; pero además esta crónica no alcanza una independencia total con respecto al relato, por lo que no puede ser considerada como un recurso estilístico. En esta novela, Gálvez tampoco ha logrado dar las características de los personajes a través de su propia actuación o de sus propias manifestaciones; es el relator de la novela el que repetidamente, y a veces reiteradamente, se ocupa de mostrar a los personajes, explicar su ideología y su acción. Estos elementos negativos señalados son motivo suficiente para quitar agilidad a la novela, que, por momentos, parece arrastrar los acontecimientos, alargarlos indefinidamente sin ninguna justificación» (*Desimano*, p. 46).

Tránsito Guzmán, 1956, describe el período que va de abril de 1955 hasta la revolución antiperonista de septiembre de ese mismo año. Centrada en las aventuras biográficas de la solterona que le da título, la novela constituye uno de los más completos documentos sobre la actitud de los sectores católicos tradicionales frente al Perón de 1955. Pero es también una excelente crónica —a veces menuda— de muchos episodios fundamentales ocurridos en Buenos Aires durante esos cinco meses cruciales del régimen en decadencia: la persecución contra los católicos, la conjura contra Perón y su gobierno organizada desde las iglesias por sacerdotes, militares y civiles, los terribles incendios de los más antiguos templos de la capital argentina, el conato revolucionario del 16 de junio, la revolución triunfante de Lonardi.

En muy pocas novelas como en ésta supo Gálvez unir a las referencias y descripciones directas de los hechos citados, las conversaciones y los comentarios que ocupaban esos días a los sectores antiperonistas de Buenos Aires. Y tal vez sea esta faceta testimonial la única que salva y justifica el libro. Literariamente se reiteran defectos ya señalados: no hay relación constructiva entre los hechos históricos y los destinos dramáticos de los personajes; lo testimonial se da como una crónica agregada y muy pocas veces está unido al avance de la trama del libro. Gálvez además cae en la visión dicotómica tan cara al romanticismo del siglo XIX: los personajes deleznable son todos

feos (así, Acisclo y Nicolás Orihuela, pp. 63 y 76)¹³. Los buenos son hermosos y admirables; claro que siempre resultan antiperonistas y católicos...

Otro aspecto muy bien documentado por Gálvez es el del maquiavelismo con que la Iglesia argentina siempre ha conseguido tener hombres de sus filas, en los lugares claves del manejo de la educación pública del país. Así, un confesor aconseja a su feligrés no renunciar al cargo que ocupa al lado del Ministro de Educación (aunque éste le confiesa que debe cumplir órdenes que repugnan a su conciencia de católico), porque así no dejará el campo a sus enemigos:

«No aguanto. Más de un decreto infame tuve que redactarlo yo. Por orden del Ministro, claro.

Emilio lo tomó del brazo y, apretándoselo con fuerza, le dijo enérgicamente:

—No, tú no te vas. Debes quedarte para avisarme los atropellos que prepara el canalla de tu Ministro.

—No me gusta ser alcahuete.

—Serás alcahuete de la Iglesia perseguida, alcahuete de Dios. ¿Qué mayor honor? —le contestó Emilio, sonriendo» (p. 87)¹⁴.

También documenta Gálvez los argumentos teológicos con que grupos de sacerdotes lograron convencer a muchos oficiales de las fuerzas armadas, de la legitimidad de derribar a un gobierno que era constitucional y legal (pp. 54-62).

Todos los puntos de vista del Gálvez tradicionalista y conservador, aristocratizante y anacrónico reaparecen en esta novela con una asombrosa virulencia. Y es que si aparecían velados o silenciados ante el ascenso de las masas peronistas, ello se debió fundamentalmente a la convicción de que la Iglesia seguía controlando —de alguna manera— los resortes fundamentales del Estado argentino. Cuando ese dominio comenzó a debilitarse, cuando Perón intentó independizarse de ese

¹³ Orihuela es calificado de «mulatillo» y un negro intenta robar en la Curia de Buenos Aires durante los incendios y saqueos de 1955, p. 156 de la novela.

¹⁴ He aquí algunos proyectos de leyes que bastan para probar cómo la situación descrita en la novela a través de un personaje, reflejaba exactamente la realidad histórica. El 30 de diciembre de 1954 se sanciona la ley 14.394, cuyo artículo 31 permitía la disolución del vínculo matrimonial y autorizaba a contraer nuevo matrimonio. El 11 de mayo de 1955 la Cámara de Senadores de la Nación, por unanimidad, derogó la ley 12.978, que disponía la enseñanza religiosa en las escuelas. El día 13 de ese mismo mes, la Cámara de Diputados aprobaba la supresión de la enseñanza religiosa escolar... por 125 votos a favor y 10 en contra. Ese mismo 13 de mayo de 1955, la Cámara de Senadores aprobó un proyecto por el cual toda institución religiosa debía pagar impuestos. El 6 de mayo ya se había presentado al Senado un proyecto (firmado por los parlamentarios Tesorieri, Taborda, Ulloa, Carballido, Otero y Diskin, estos últimos de la C. G. T.) en el que se disponía la separación de la Iglesia y el Estado.

control, las dificultades entre ambos grupos aparecieron de inmediato. La xenofobia, el antisemitismo, el racismo, la más asombrosa beatería, el temor a liberales, socialistas, izquierdistas, el indignado rechazo de las libertades que el gobierno concedía a los cultos protestantes, judíos y espiritistas (que siempre disfrutaron de la más absoluta libertad en la Argentina), la aparición de ciertas formas de libertades en las costumbres y el sexo, la secularización de la caridad (que ahora dependía del Estado) son algunos de los hechos que irritan al protagonista de la novela y a su autor, y se dan como justificativos de los sucesos históricos que tuvieron lugar durante ese año.

Un balance sereno y desapasionado de la relación de los católicos y la jerarquía eclesiástica con el régimen peronista no ha sido intentado todavía a nivel histórico. Pero estas dos novelas permiten tener una idea bastante clara de esa relación que estuvo basada en un acuerdo: apoyo mutuo a través de mutuas concesiones. Cuando Perón se dio cuenta de que una buena parte de su poder real estaba en manos del catolicismo y cuando advirtió que este último intentaba entrar en la liza política a través del partido Demócrata Cristiano (cuyas actividades se inician hacia 1950), comenzaron las fricciones que llevaron al enfrentamiento final. Este último episodio tal vez fue solamente el detonante decisivo de una situación crítica que siempre existió entre los sectores más conservadores del catolicismo nacionalista tradicional, y el populismo paternalista y sindical del régimen¹⁵. Lo grave de ese enfrentamiento es que tuvo lugar justamente en el momento más crítico del peronismo, cuando al desgaste natural del ejercicio del poder se sumaron numerosos desaciertos, y una visible corrupción festival parecía haberse convertido en hecho cotidiano. Creemos, sin embargo, que el conflicto con la Iglesia fue la gota que rebalsa la fuente, el empujón último sobre un régimen político que había tontamente perdido el apoyo del Ejército, la confianza de muchos de sus mismos dirigentes (por católicos, porque se oponían a esa corrupción, porque se sentían traicionados en sus ideales nacionalistas, porque temieron el visible aumento del poder de los sindicatos, etc.), y que comenzaba a perder poco a poco apoyo en la clase media y en una buena porción de los trabajadores.

Donde el conflicto con la Iglesia provocó reacciones decisivas fue en el Ejército y en muy poderosos estamentos de la clase media y alta argentinas. Allí inició un proceso que era indetenible. No se olvide (y hablamos de olvido porque la memoria histórica argentina parece muy pobre) que fue Perón el gobernante que conmovió con medidas

¹⁵ Véase García de Loydi, *El peronismo y la Iglesia*, 1968, y Hugo Gambini, *El peronismo y la Iglesia*, Centro Editor de América Latina, 1971.

más violentas, las relaciones tradicionalmente cordiales y constantes entre la Iglesia y el Estado en la Argentina. Es el único que logró implantar en cuarenta y ocho horas el divorcio (lo cual explica que haya unos veinte mil «separados» y vueltos a casar en la Argentina), el único que prohibió (después de haberla autorizado) la enseñanza religiosa en las escuelas, el único que estableció impuestos a las congregaciones religiosas, el único que ordenó (o permitió) la destrucción y el pillaje de los templos más antiguos y prestigiosos de la ciudad de Buenos Aires. Durante las noches del 16 y el 23 de junio de 1955, en dantescos incendios a los que precedió o siguió el saqueo y la destrucción sistemática, se quemaron el palacio y la Curia Arzobispal (incluido el archivo, donde se perdieron documentos de los siglos XVI al XIX y libros muy valiosos), San Roque, San Nicolás (archivo y sacristía), La Merced (saqueada, se perdieron quince grandes libros con actas de nacimientos, bautismos y casamientos anteriores a 1850), San Miguel, La Piedad, Santo Domingo (con irrecuperables reliquias históricas), San Francisco, etc. Se perdieron además cuadros coloniales, tres de Prilidiano Pueyrredón y dos pinturas atribuidas a Ribera.

Perón, con ese olfato político que muy pocos tuvieron en Hispanoamérica, se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y comenzó lentamente, con la habilidad que sólo él poseyó, una retirada y una serie de concesiones al poder eclesiástico y a los católicos entre junio y septiembre de 1955, que no alcanzaron ya a cambiar el proceso. Pero una muestra de su astucia política la da el hecho de que dedicó una larga serie de años de su exilio a pulir y restaurar sus relaciones con el Vaticano, ya que había sido excomulgado... En 1956 y 1972 logró el perdón papal y restauró sus relaciones con la jerarquía eclesiástica argentina¹⁶.

¹⁶ Gálvez, en un artículo publicado por el diario católico *El Pueblo*, de Buenos Aires, el 13 de agosto de 1944, titulado «La obra social del coronel Perón», calificaba a la revolución del 4 de junio de 1943 como «el más grande acontecimiento imaginable» para los obreros. Llamaba a Perón «un nuevo Irigoyen» y lo mostraba como hombre providencial. «Ningún gobernante de esta tierra —escribía— ha dicho jamás palabras tan bellas, tan penetradas de humanidad, como las que pronuncia con frecuencia el coronel Perón», y citaba este párrafo de uno de sus discursos:

«Queremos que desaparezca de nuestro país la explotación del hombre por el hombre, y que, cuando ese problema desaparezca, igualemos un poco las clases sociales para que no haya, como he dicho ya, hombres demasiado pobres ni hombres demasiado ricos.»

Obsérvese cómo el personaje Claraval repite varias veces frases idénticas. Véase de Gálvez *En el mundo de los seres reales*, 1965, pp. 78-80 y 356-57. Sobre Gálvez y el peronismo, J. Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura*, 1957, páginas 78-95 y 117-122.

La visión de la izquierda oficial

Bajo este rótulo colocamos todos los textos que, de una u otra manera, sintetizan la visión del fenómeno peronista (la visión narrativa, claro está), visto a través de escritores comunistas o que obedecieron a los dictados y las actitudes oficiales del partido pro-ruso. La lista de libros (ya cuentos, ya novelas) escritos desde este ángulo es bastante más nutrida que la de otros grupos ideológicos; solamente la supera en calidad y cantidad la de los liberales que, como se ha visto, componen el capítulo más amplio. Algunos de esos libros podrían ser los siguientes: Carlos Ruiz Daudet, *El pueblo*, 1949; Enrique Wernicke, *La ribera*, 1955; Andrés Rivera, *El precio*, 1957; José Murillo, *Los traidores*, 1968; Juan A. Floriani, *Los esperanzados*, 1956; Pablo Rivas, *Uno, el país*, 1960. Todas novelas.

De Andrés Rivera (nacido en 1926) elegimos *El precio*, novela muy representativa de la visión de este grupo. Rivera escribió además: *Los que no mueren*, 1959, novela, y algunos volúmenes de cuentos: *Sol de sábado*, 1962; *Cita*, 1966; *El yugo y la marcha*, 1968; *Ajuste de cuentas*, 1972. Nuestro análisis se centrará en la novela de 1957 y en dos cuentos de *Sol de sábado* (especialmente los titulados «El apóstol» y «Los libertadores»), que muestran personajes muy semejantes desde el punto de vista de su representatividad social e histórica.

Novela de gran extensión y de rico contenido (235 densas páginas), *El precio* sitúa su acción en un período crítico del gobierno peronista, los años 1953-1954, cuando al optimismo y la abundancia del momento de oro del peronismo (1945-1948) suceden diversas crisis económicas que provocan declaraciones de huelgas, tomas de fábricas y algunos movimientos (como los de los textiles y el de los metalúrgicos), pusieron en tela de juicio la aparente tranquilidad y estabilidad social que el peronismo intentaba mostrar como una constante de su existencia. En las huelgas se enfrentaron, por una parte, los intereses de la burguesía industrial enriquecida (con crecientes relaciones con grandes empresas extranjeras), y las demandas de las bases obreras que reclamaban el mantenimiento —por lo menos— del nivel de vida alcanzado en los años anteriores. Y junto a este momento crítico, descrito a través de muy distintos estratos sociales (los obreros metalúrgicos y textiles, los patronos de esos establecimientos, los dirigentes sindicales, los inmigrantes enriquecidos, los obreros convertidos en propietarios de pequeños establecimientos industriales, ciertos grupos de la oligarquía tradicional), Rivera ha colocado con buena habilidad constructiva y con evidente intención comparativa el otro momento clave del período y de la obra: el optimista y polémico año de 1945.

Ya por medio de «flash-backs» que funcionan como *raccontos* autobiográficos de distintos personajes, ya a través de la inserción de

trozos descriptivos de tipo unanimista y poético-documentales (casi siempre en bastardilla, para diferenciarlos del contexto narrativo básico), Rivera ha ido dibujando una suma de visiones contrastadas que enfrentan el período positivo y lleno de futuro del 45, con las dificultades crecientes posteriores a 1952. Desde este punto de vista, la novela da una de las pocas pinturas veraces de esos años iniciales y críticos, cuando la demanda de mano de obra y de bienes produjeron un crecimiento económico e industrial argentino realmente extraordinario. En la descripción de las fábricas textiles, Rivera muestra un conocimiento de primera mano de una realidad casi siempre desconocida por nuestros narradores (el autor ha sido obrero textil), y esa familiaridad no solamente se manifiesta a nivel del oficio y sus tareas, sino también en lo que respecta a los variados tipos de obreros que allí intervinieron. Así es cómo Rivera describe distintos personajes que son representativos de muy diferentes estratos sociales concretos: obreros, aprendices, inmigrantes enriquecidos, propietarios de empresas que comenzaron como obreros, dirigentes sindicales peronistas, obreros emigrados del norte y el centro del país, activistas comunistas de origen burgués, empresarios industriales.

Cada personaje está visto con exactitud y veracidad (sobre todo los del sector obrero y de clase media) y corresponde a tipos sociales que fueron factores esenciales en ese momento de la vida obrera y económica del país. Esos personajes conviven a través de toda la obra (armada con una técnica contrapuntística de trozos breves separados por espacios en blanco), y en la segunda parte los vemos enfrentados en las tomas de fábricas textiles y en las grandes huelgas del 53 y el 54. La atención de esta última parte está centrada en la huelga metalúrgica de 1954, que puso a prueba el aparato sindical peronista, colocando frente a frente, por una parte, a los paniaguados del régimen, insertos en una estructura sindical verticalizada y aburguesada (venal, digitada «desde arriba» y siempre en busca de la paz social), y a dirigentes de algunos gremios independientes, delegados de fábricas y activista del P. C.

Puede decirse que estamos ante una típica novela de espacio, obra en la cual todos los personajes han sido extraídos de la realidad social e histórica que la novela persigue describir. En este aspecto es evidente que la intención de Rivera fue presentar hombres y situaciones que realmente tuvieron lugar —ocurrieron y existieron— en las fechas y el espacio geográfico en que la obra se sitúa. Lo que ocurre es que en esa pintura ambiciosa de toda una realidad y de un momento concreto del país, la veracidad de las acciones y caracteres no siempre es idéntica. La visión de los personajes muestra evidentes diferencias. Junto a aquellos que además de su tipicidad social poseen calidad y hondura humanas y resultan finamente matizados (como Lev, el inmi-

grante judío enriquecido; Juan Quintana, obrero norteco que viene a Buenos Aires en busca de trabajo durante los éxodos hacia la capital del año 1945; Adolfo, obrero convertido en patrón que ocupa un importante espacio en la novela; Bruno Cuevas, dirigente peronista aburguesado), están los que funcionan en la obra como tipos, y en los cuales vale mucho más esa representatividad social-histórica que los pocos y mecanizados rasgos propios. En este segundo grupo debemos colocar a casi todos los que encarnan a la oligarquía tradicional, a los patrones de grandes empresas y a ciertos ejemplares —que existieron— de ex nazis que se instalaron en Buenos Aires después de la caída del tercer Reich. Además de ciertos personajes excéntricos (asesinos a sueldo, periodistas venales, la burguesía intelectual, la juventud desorientada de la época). También debemos señalar que en el dibujo de algunos personajes (por ejemplo, el periodista descrito en la p. 164 y que lleva en la novela el nombre de Luis César Barrientos), los lectores de 1956 creyeron reconocer a una muy conocida figura del régimen que acababa de ser derribado. En otras palabras: la novela fue leída entonces como obra en clave, con varios personajes que retrataban a otros que habían existido en la realidad.

La pintura de los medios obreros, de ciertos personajes de la clase media y baja, de inmigrantes enriquecidos es, como dijimos, veraz. No ocurre lo mismo cuando Rivera se vuelve a describir ciertos descendientes de nuestra clase alta (como Vidal de la Vega o Echegaray), a algunos dirigentes sindicales peronistas, a ciertos grupos fascistas escapados de la Europa de postguerra (que abundaron entre nosotros después del 45...). Aquí funcionan demasiado bien las consignas partidarias y Rivera cae en un maniqueísmo que lo lleva a separar los personajes en dos grupos escindidos románticamente: de un lado, toda la bondad y la generosidad; del otro, todas las maldades y aberraciones... Y esta dicotomía —peligrosa desde el punto de vista del realismo y la veracidad narrativas— funciona casi siempre a nivel ideológico. La luz, la valentía, la pureza están del lado de los obreros que defienden su clase y sus derechos; la oscuridad, lo despreciable, la maldad y la vileza caracterizan al obrero renegado de su clase (Adolfo), al ex nazi homosexual, al burgués cobarde, al oligarca, al financista internacional. Y algo más: casi todos los burgueses de la novela contemplan sus respectivas existencias como destinos fracasados, como carentes de futuro y de sentido. Los personajes obreros, no.

¿Es Rivera un autor populista? Es evidente que los temas en los que pone más atención, y los personajes mejor descritos y conocidos, pertenecen al sector obrero. Por otra parte, la obra apunta a una cosmovisión de la realidad que describe, que parte de ese nivel del mundo social. Por fin las simpatías, el calor humano mejor desplegado por el autor están centrados en escenas entre obreros. Y los temas

fundamentales de la obra también se inscriben en ese sector del mundo. Hay en Rivera una auténtica pasión y una visible actitud de simpatía hacia esas vidas menores, así como la convicción de que ellas son las realmente representativas de nuestra realidad. De que merecen una consideración, una atención, que hasta hoy no habían logrado de parte de nuestros narradores.

Y debe señalarse que Rivera supera a sus antecesores en la visión novelística del mundo de los trabajadores. Jamás cae en el pietismo sentimental tan caro a los boedistas (Castelnuovo, Barletta), ni en la «macchietta» del discurso propagandístico, ni en el didactismo burdo o en la moralina comunista. Su familiaridad con ese mundo y una elogiada prudencia de narrador han salvado a Rivera de cometer estos errores tan comunes. Así entrega una visión de esas existencias que posee objetividad y dinamismo: las conocemos siempre a través de sus actos y sus palabras concretas. En general, la pintura es convincente, coherente, consecuente. Y cuando quiere conmover al lector con un personaje, lo hace siempre por medio de situaciones dramáticas que se «presentan» y no se describen. Otro aspecto en el que Rivera da buenos pasos adelante (por encima de Varela o de Manauta) es en las escenas colectivas de luchas obreras (como, por ejemplo, la huelga de pp. 205-221). Narra con brevedad, sin énfasis, y sabe en muchas ocasiones alcanzar el lirismo de lo primario y lo tierno. En un pasaje un grupo de asesinos, dirigentes venales y dueños de una fábrica, intentan convencer a Juan Quintana de no proseguir en la lucha. Este les explica qué ha querido toda su vida, con una sencillez llena de poesía y furia:

«Yo sé que ustedes no me van a entender, no me pueden entender... Cuando me vine a Buenos Aires, le prometí a una muchacha que iba a regresar, trayéndole muy pocas cosas: un poco de tierra y semillas, unos eucaliptos —a ella le gustaban los eucaliptos—, un huerto con rosas y lechugas, un poco de leche fresca y un camino hasta el arroyo... No era mucho lo que queríamos, pero lo queríamos como a la vida misma: ésa iba a ser nuestra vida... Poder sentarnos a la puerta de nuestra casa, y mirar las estrellas, y oír palpar la tierra y el descanso de nuestros hijos; sentirnos gente entre la gente... Ustedes no pueden entender que yo deseara levantarme cuando la madrugada tiene ese color azul y pálido, y nada se mueve, ni la brisa, y tiene un miedo de moverse porque el aire es de cristal, y decirme: la tierra y la vaca que paca en el potrero, y el despertar de los pájaros, y el techo que me cubre, y la cama y la mujer que reposa en ella, y el pan del horno, son míos...» (pp. 153-154).

Hacia el final de la novela, Juan se unirá —por necesidades de la lucha— a los comunistas, representados en la obra por Ponce, activista y dirigente obrero. Herido de un balazo, va a la casa de Ponce

en busca de ayuda. La escena, que señala el fin de la novela, está eficazmente resuelta por Rivera:

«Abrió, manteniéndola entornada, la puerta. Allí, frente a ella, un gigante barbudo y desaliñado, con una mancha de sangre en la camisa, y unos ojos quietos, inmóviles, de indio, encerrando una inmemorial espera, una paciencia de raíces oscuras y profundas.

—¿Está Ponce?

—¿De parte de quién?

—¿Está Ponce?

Ponce se acercó silenciosamente a la puerta, bajo, ancho de hombros, casi calvo, el rostro inexpresivo, en camiseta y pantalones, y una toalla echada negligentemente sobre los hombros.

Los dos, Quintana y Ponce, se estuvieron mirando, puerta por medio. Una garúa fina, un rocío espeso venía del cielo.

—¿De parte de quién? —la madre trató de mantener serena la voz. No había escuchado llegar a Manuel, y ella estaba allí para protegerlo.

Ponce le puso, suavemente, la mano sobre el hombro:

—Déjelo entrar, mamá. No se asuste. Es un camarada» (p. 235).

En esta escena, como en varios otros pasajes de la obra, Rivera usa expresiva y significativamente las formas *compañero* (denominación peronista) y *camarada* (apelativo comunista), que llegaron a tener entonces en la vida sindical (y todavía hoy) sentidos específicos, y casi siempre antagónicos. Un ejemplo del uso agresivamente irónico en la conversación entre Torres y Mendoza, en una huelga textil, cuando el funcionario sindical intenta convencer al delegado de base de que abandonen la fábrica ocupada (p. 108).

Otro tipo de la época perfectamente descrito, pero en el cual lo típico por momentos se sobrepone a la caracterización singular del personaje, es Bruno Cuevas, específico representante de ciertos dirigentes obreros peronistas (pp. 155-162). O Braun Gazcón, en quien Rivera ha cargado las tintas, pero que corresponde a un espécimen repetido en la estructura gremial del régimen.

Lo testimonial histórico está muy bien mostrado en las palabras que durante una entrevista con patronos textiles expresa un jefe sindical, enfrentado a la difícil tarea de conciliar intereses que para Rivera eran inconciliables:

«Entiéndanos, señor de la Vega. No se trata de favorecer a los comunistas. Usted conoce perfectamente, la posición del Presidente respecto a esa secta internacional. De lo que se trata es del momento político que vivimos. Fíjese usted; la ocupación, por parte de los obreros textiles, de las fábricas, se extiende... Sí, de acuerdo, la crisis, pero ellos no razonan como nosotros: eso es lo concreto, desgraciadamente... Bien, le decía que se extiende... Recuerde además que la huelga ferroviaria no está muy

lejana; que hay inquietud en el gremio metalúrgico; que los rojos, con sus publicaciones, agitan al pueblo...; la carestía de la vida...; Corea...; aumentos de salarios...; en fin... Si sumamos a ello la cáscara que levanta la ocupación de las fábricas, la gente que se entera, que les lleva cosas, los rumores, las reflexiones que necesariamente se producen entre los obreros, llegamos a la conclusión que le estamos haciendo el juego a los extremistas... No, mi estimado amigo, no se trata de estimularlos... Al contrario, se trata de frenar estos movimientos antes que se nos escapen de las manos. La dirección de la CGT ha comunicado a Su Excelencia, el señor Presidente, que le resultará harto difícil prevenir el futuro estallido de violencia... Dese cuenta... Entonces, si solucionamos nosotros estos conflictos, quitamos de las manos de los rojos un elemento de propaganda impresionante, consolidamos la posición gubernamental, y nos damos un respiro que permitirá ajustar las clavijas a los que saboteen el plan de productividad. Confidencialmente puedo adelantarle que los estudios del plan están muy avanzados, e irán acompañados de una serie de medidas represivas contra cualquier intento de paro, huelga o atentados a la libertad de trabajo... Un cafecito, eh... ¡Dos cafecitos!... Razones políticas: el gobierno debe conservar su prestigio en el seno de la clase trabajadora, y no desea irritarla, ¿me entiende, mi amigo? Ese prestigio es la única barrera que se opone al comunismo. Y usted no puede negarme su efectividad... Aconsejaré un prudente aumento en los precios de los artículos textiles... No se preocupe: con los dirigentes del Sindicato y los organismos policiales correspondientes nos encargaremos de los elementos perturbadores. Facilítenos los nombres. A su debido tiempo caeremos sobre ellos. Confíe en nosotros...» (pp. 106-107).

Estas palabras de un dirigente sindical de la época explican con claridad meridiana la política paternalista y pendular del peronismo, en cuanto a las relaciones entre capital y trabajo. Y constituyen —probablemente— el aspecto más combatido y denunciado por todos los novelistas de este grupo con respecto a la política de Perón. Un ejemplo acabado puede verse en la novela de Murillo citada más arriba, que se sitúa también en la huelga metalúrgica de 1954.

Uno de los tipos mejor delineados es Lev ('lobo'), inmigrante judío centroeuropeo enriquecido; a costa de una vida de dura tarea ha levantado una fábrica y amasado una enorme fortuna (pp. 29-35 y 128-133). Personaje ricamente facetado, Rivera da de él una imagen comprensiva y lograda. Este mismo tipo humano y social reaparece en el Weldman de uno de los cuentos de *Sol de sábado*: «Los libertadores». En el relato, junto al poderoso burgués de origen inmigratorio, aparece otro ejemplar reiterado entre nosotros: su hijo, débil y fatigado, que parece haber perdido la sostenida energía paterna dirigida a la consecución del poder económico. Convertido en gorila del 1955, actúa en los comandos civiles que se oponen armados a Perón.

Por boca de Weldman oímos estas palabras que dan una imagen concreta de cómo miraban ellos lo que entonces sucedía. Son los años felices de 1945-1948:

«Nosotros levantamos calles, máquinas, industrias. Nunca hice tanto dinero, ni alcancé tanta influencia como a partir del 24 de febrero de 1946. Un peso bien invertido rendía tres. Cuando un teniente coronel Noailles venía a verme y me hablaba de la UES, yo le firmaba un cheque por doscientos mil pesos, y se lo entregaba bastante contento: "Para las chicas." Que se diviertan. No, nada de papeles; no me firme nada. Acuértese... Hasta que me di cuenta de que nosotros crecíamos, pero los negros también. Era difícil de entender: *ellos* y nosotros subiendo...» (*Sol de sábado*, p. 81).

Algo parecido, pero con una mirada de preocupación, es lo que piensa Lev en un pasaje de *El precio*:

«Antes él creía que éste era un país de tangos, de vagos y revolucionarios de café. Ahora veía que fuera de eso, de las cuñas, de los funcionarios venales y el mercado negro, había seis millones de tipos dispuestos a cambiar algo, a poner el país patas arriba. Eso veía él, y si los demás estaban ciegos, allá ellos» (pp. 130-131).

Y en otro pasaje:

«De Díaz y los viejos obreros —los que desdeñaron la oportunidad de independizarse— había que cuidarse. Y de los cabecitas también. Traían, en sí, como un viento. Querían vivir mejor ¿se explica? 1945. Y con ellos en movimiento, el país sería un infierno sin nombre. De esto se derivaba, insoslayable, el carácter de las luchas futuras. Lucha, *su* lucha, sí. Pero una lucha —él lo sabía— sin objetivo, una lucha desesperada y sin más allá, sin nada que conquistar. Simplemente preservar, frenar, mantener» (p. 34).

Este trozo muestra el temor de la burguesía frente al evidente progreso de la clase obrera y a su visible poder social en ascenso, y la conciencia de que el progreso de los proletarios redundaba —a la vez— en el de su propia clase.

En el texto puesto en boca de Weldman, Rivera destaca un tema que reaparecerá en Peyrou: el de la corrupción que cundió por muchas esferas del régimen, desde los dirigentes sindicales venales, hasta funcionarios de las más distintas clases. Y por fin, la visión clasista del autor, que ve a la burguesía como una clase destinada a impedir el ascenso político del proletariado y cuya única tarea consistirá en mantener lo conquistado; pero sin objetivos futuros concretos.

Los dos sectores que mayores rechazos provocan en Rivera son el de la alta burguesía y el de los que entonces se denominaron «trabajadores independientes». De estos últimos («traidores a su clase» según la visión ortodoxa del marxismo), Rivera destaca repetidamente la falta de sentido de sus vidas. Adolfo, que comienza como obrero textil, se independiza, y su biografía funciona como ejemplar en la obra: de opositor a las huelgas de sus compañeros pasará a convertirse en denunciante de los mismos, y será más tarde patrón. Políticamente vota a los radicales y terminará siendo socialista de centro. Es una de las ovejas negras de la novela. En Adolfo el autor ha querido mostrar la falta de sentido de un hombre que ha abandonado su destino concreto y se ha pasado al enemigo (véase pp. 1-35, 48-54, 140-143 y 148). Esta existencia está mostrada como una verdadera tragedia, oscura y despreciable. Adolfo se siente fracasado, tanto a nivel personal (enfermo, envejecido, atemorizado, solitario, envidioso, vigilado y vigilante, casado con una mujer que no lo ama y lo desprecia, a la que descubre vieja y a la que no quiere más), como desde el punto de vista de sus intereses: no ha logrado ser rico, se siente odiado por los que trabajan para él, que son sus antiguos compañeros de trabajo. Ve su propia vida como una pasión inútil y sin alegría. Es natural que un comunista no pueda comprender este hecho —tantas veces repetido en la Argentina de entonces, de antes y de después— de trabajadores convertidos en patrones... Ese proceso echa por tierra todo el esquema con el que intentan entender y ordenar la realidad social y económica...

La clase media intelectual, los adolescentes y jóvenes veinteañeros del 45, que pocos años más tarde compondrían la «intelligentzia» desorientada del 50, así como los profesores opositores del mismo período, están notablemente bien descritos en un breve pasaje de la obra (pp. 45-46 y 54-59). A través de las páginas del diario de un alumno de la Escuela Industrial, y de algunos monólogos, Rivera ha dejado una hermosa visión lírica de lo que para ciertos adolescentes de la clase media fue el 45, año crucial que parece haber marcado a tantos argentinos como un ácido indeleble. La desorientación, el descubrimiento de la muerte, la impunidad, la violencia, la transformación de un mundo que cambiaba velozmente, todo ello está mostrado con un magnífico poder expresivo, como un nostálgico recordar lírico donde a la crisis de la edad se sumaba la crítica situación política del país. Tal vez aquí estén —escondidas y como sumadas con cierto desorden característico de una novela primeriza— algunas de las más hermosas páginas de la obra. El que recuerda es Marcos, adolescente que deja su casa, se afilia al partido y se hace tejedor en una fábrica textil; en este personaje creemos ver numerosos rasgos autobiográficos y aquí parece confesarse y retratarse el autor:

«Podía hablarle de ese no muy lejano año 45, en que muchos de nosotros —oh, ilusos jovencitos— creíamos ser dueños de nuestras vidas, impulso de un salto adelante. (Oh, las bellas declaraciones: «El año 45 pasará a la etcétera; la generación del 45, etcétera; la juventud del 45, etcétera; los estudiantes del 45 escriben una página de gloria y etc.»)

«En ese año creímos que se rompía la rutina de los días, las calificaciones y las reprimendas paternas, y el temor al Jefe de Celadores y las amonestaciones, ¡al diablo! El heroísmo estaba en nosotros. Y en ellos, en los muchachos de enfrente, los de alpargatas, sí; libros, no. Queríamos un cambio. Necesitábamos un cambio. Necesitábamos que algo cambiase. Algo: la vida.

Y en nosotros cruzaban sus extrañas raíces, el hastío y el heroísmo.

¿Es que no se daban cuenta que descubríamos el cigarrillo, la mujer, la generala, el revólver, la muerte, el amor, la poesía? ¿Es que no advertían que no temíamos matar; que 1945 había doblado el freno de la ley y la moral con un chasquido irrecusable? En eso consistía nuestra gloria: caer o matar. Muchachitos de frágiles espaldas, melenudos, con dos o tres meses de pantalón largo y unos pelillos insolentes bajo la nariz, y granitos, se disponían a matar, matar sin que la imagen del crimen asalte la conciencia antes de matar» (pp. 54-55).

«¿Y si sacaban las pistolas? Los matábamos, nada más que eso. Los matábamos. Queríamos un cambio, No, únicamente poder fumar cigarrillos a la vista de todos, del director del Colegio inclusive. Se nos había prometido el cielo; la vida iba a cambiar. Y creímos. Nos prometieron demasiado. Y creímos. Es que éramos jóvenes y confiados. Y creímos. Creímos en las palabras. Y hubo que pagar esa ingenuidad, hubo que pagar el duro aprendizaje de la adolescencia, el paso hacia la hombría, la irrisoria incoherencia de nuestra juventud» (pp. 58-59).

«Ahora lo sé: cuando 1945 —que pudo ser algo más que un número— no fue más que un número, una cifra que quedaba atrás, pisoteada, envuelta en polvo, la soledad comenzó a ajustarse a nuestra estatura, nos forjó el espejismo de una ilusoria, falseada libertad. Solo me creía invencible. No amaba a nadie; ni a mis viejos, ni a una muchacha, ni a un sueño. Era libre, poderoso, el gran Dios solo. Yo cursaba quinto año de Química y leía a Dostoiewsky, y me jodían la paciencia el butano y el metano, y la teoría atómica; y Bardán dibujaba desnudos, Lage jugaba a los submarinos, y en el bolsillo de Gómez la cachiporra y la libreta: “Hoy le toqué los wombs (según él, senos en inglés) a Felisa”; Vitagli, compañero de mi rabona 25, sentados los dos en un banco del Parque Centenario, frente al Museo de Ciencias Naturales, me confesaba, mordiendo los labios: “Huelo hembras por todos lados... ¿Esta va a ser nuestra vida?... ¿Esta va a ser nuestra vida...?” Yo le contesté a Vitagli: “Puede ser. ¿Quién nos va a dar un motivo, una bandera, una antorcha para sostener: los profesores, el mundo que habitamos, los que nos reprochan nuestra juventud? ¿Toda esa mierda?” (¿Dónde estaban entonces mis hermanos, mis amigos? ¿Quizá en *La Prensa*, en los telegramas cuerpo seis?) ¿Eran mis hermanos los chinos; ellos morían por mí? ¿Y los bolivianos,

y los españoles que marchaban al paredón, y los negros? ¿Eran mis hermanos, mis amigos?» (pp. 62-63).

Esta veracidad —donde a la autenticidad testimonial histórica se suma la confesión magníficamente lograda desde el punto de vista literario— muestra algo que Rivera, y la mayoría de los escritores del P. C. no pueden dejar de lado: que hablan desde una conciencia formada en las actitudes y los valores burgueses. Ese hecho explica que en muchos pasajes, junto a los dictados internacionalistas típicos de las consignas del partido (las numerosas referencias inmotivadas a los triunfos bélicos de la Rusia soviética, por ejemplo, que nada tienen que ver con la novela), asomen —a veces sin quererlo el autor— muchas de las condenas que los liberales y católicos llevaron contra el peronismo. Y eso explica que la Unión Democrática estuviera integrada por sectores tan disímiles como los conservadores, socialistas, comunistas, radicales, etc.

Breves pantallazos, como ya hemos señalado, insertan en la época crítica del 1953-1954, los acontecimientos de 1945. Esto sí, por un lado, infunde a la novela una amplitud temporal y un alcance histórico mucho más ricos, por otra, escamotea el período más exitoso de Perón, aquel durante el cual la situación económica de los obreros (y la distribución mucho más equitativa del producto nacional), y la presencia de Eva Perón, delineaba un cuadro en el que era inevitable mencionarlo. Rivera, como un buen intérprete de las posturas del P. C., se niega a reconocer la importancia capital de Perón en el momento histórico. Porque el objetivo fundamental de su visión de los hechos es describir —desde una conciencia revolucionaria— el *paternalismo* peronista, su actitud típicamente bonapartista, su negación a una auténtica transformación marxista de la sociedad argentina. En el contraste entre la actualidad dramática y crítica del 53, con los recuerdos y «raccontos» del optimismo fácil de la posguerra, Rivera elude la mención (y la obligada descripción) de los años triunfales del 46 al 50. Al no describirlos, al silenciarlos, los hunde en lo mecánico-histórico: esos años de mejoramiento económico y de bienestar pasan a la conciencia del lector como productos de un mero proceso histórico cumplido sin la intervención activa de ninguna voluntad política concreta. Son el fruto de las ganancias de la posguerra que se irán derrocando y, al acabarse, comenzarán nuevamente las dificultades.

A su vez, el autor muestra una de las notas características del período: la conversión de los sindicatos en aparatos de sostén político del Estado y de la figura central del régimen. Es evidente que Perón intentó apenas una revolución burguesa, que jamás persiguió cambiar las estructuras sociales del país o entregar la totalidad del poder a los obreros. Las fuerzas obreras fueron la plataforma para alcanzar el

poder. Cuando la situación económica dependiente de la Argentina no admitió más un reparto generoso y dadivoso, Perón debió levantar frenos a los grupos sindicales de la G. G. T. y comenzó la organización de un Estado típicamente fascista: el equilibrio se hacía desde el Estado paternal y fuerte, y para equilibrar el poder sindical puso frente a éste otras organizaciones de sentido semejante: La Confederación General de Empresarios (G. G. E.), la de Profesionales (C. G. P.), la de Universitarios, y el Ejército, del cual jamás se apartó y al que finalmente entregó el poder (y hasta la decisión última sobre su permanencia en el poder), en 1955. Y que fue el que decidió, el que permitió, el que autorizó su caída, en esa fecha, sin defenderlo.

Lo que la mayoría de los escritores del grupo comunista (y un ejemplo característico puede leerse en *Los traidores*, de José Murillo, 1968) no puede admitir es que a pesar de todos esos defectos (y muchos otros que podríamos señalarle al régimen), la experiencia peronista dejó en el mundo obrero, en la situación y la mentalidad obrera argentina, un conjunto de aspectos positivos: una conciencia activa y combativa del derecho a una vida mejor, una estructura sindical poderosa y capacitada para tratar mano a mano con el poder concreto (las fuerzas armadas o los partidos políticos) sus problemas y sus demandas, una legislación protectora de esos derechos. La supervivencia de esas estructuras sindicales se ha probado a través de los duros dieciocho años que van de 1955 a 1973: siguen en pie, poseen efectiva resonancia y poder suficiente para exigir y decidir. Y un hecho concreto que no debe jamás ser olvidado: la gran mayoría de esos dirigentes sindicales siguen siendo antimarxistas y anticomunistas. Es evidente que hoy, como entonces, existieron y existen dirigentes venales, lanzados a lograr ventajas personales en detrimento —a veces— de las reclamaciones de sus representados. Pero casi ninguno de los aspectos más positivos de la legislación obrera de los años 1944-1955 ha sido derogado: el aguinaldo, las vacaciones pagas, el derecho al despido, la protección a la maternidad, etc.

Lo que los comunistas no podrán perdonarle a Perón (y lo mismo ocurre con casi todos los sectores de extrema izquierda) es que demostró que pueden iniciarse y ponerse en marcha una sucesión de cambios sustanciales en el país sin apelar a una ideología que rechazan la mayoría de los obreros argentinos. Que pueden realizarse múltiples cambios sin sangre, sin pardones, sin empobrecernos, sin odios y sin negar una forma tradicional de vida. En otras palabras: una revolución puede cumplirse (y el ejemplo peruano actual puede ser un claro ejemplo de ello) sin apelar al ejemplo chino, cubano o argelino. Puede transformarse un país sin pasar por el marxismo. Por eso, como Perón defendió y acrecentó entre los obreros una conciencia burguesa, un deseo de acceder al goce de los valores y bienes de la bur-

guesía, atrasó y pulverizó, de modo eficazísimo, uno de los supuestos fundamentales del P.C. Esta es la causa por la cual las jerarquías del partido han estado siempre en actitud negativa frente a Perón, aunque hayan apoyado su candidatura en alguna elección por razones circunstanciales.

Literariamente, *El precio* presenta algunos de los defectos típicos de toda obra primeriza: demasiados asuntos y mirajes, a veces no totalmente bien aprovechados, algunas fallas en la distribución del rico material narrativo, contradicciones en el manejo del diálogo (e inexperiencias visibles), caídas en lo didáctico y lo ingenuo, un cierto maniqueísmo romántico en los personajes, inserción de lo prosaico y lo cronístico no siempre bien digerido en el contexto. Todo ello, sin embargo, no impide que la novela muestre la mano de un escritor con buena pasta de narrador, con momentos muy bien logrados y con una habilidad infrecuente para expresar ciertos sentimientos colectivos pocas veces descritos con felicidad entre nosotros. En primer lugar, *la solidaridad* entre los hombres; el compartir empresas sociales en busca de un bien común; *la camaradería*, la amistad. Una implícita y emocionante fe esperanzada mueve la pluma de Rivera, fe en los de abajo, en los más pobres y menos poderosos.

En sus cuentos posteriores es visible, además, un evidente afinamiento de sus medios expresivos. Rivera deja de lado las consignas partidarias y se va convirtiendo en un hábil testigo de los avatares últimos, personales, de esos personajes golpeados por la desgracia, la injusticia, la desesperación.

Populista y también insertada dentro de este grupo, *Uno, el país*, 1960, de Pablo Rivas, constituye una novela en la cual las consignas ideológicas no alcanzan a oscurecer una visión de algunos momentos fundamentales de la época. La obra abarca en saltos cronológicos un amplio espacio temporal: desde antes del período que nos interesa (¿1938?), hasta el 16 de junio de 1955. Centrada en la descripción de grupos obreros, sobre todo los del cinturón industrial de Buenos Aires (Barracas, Avellaneda), Rivas dedica especial atención a las existencias de los empleados y trabajadores que desde el interior viajaron a la capital en busca de trabajo. Así muestra obreros que venían desde Santiago del Estero, Tucumán, Córdoba, Corrientes, y describe sus primeros pasos en la gran ciudad, su instalación en las Villas Miserias y barrios pobres de extramuros, dejando una buena pintura de cómo viajaron, trabajaron y vivieron los llamados «cabecitas negras» de los años 1946-1950.

Atractivo resulta comprobar las identidades circunstanciales que encontramos entre la versión que Rivas da de los días 16 y 17 de octubre del 45 (pp. 107-112) y la que trae Velázquez en *El juramento*. ¿Recurrieron a la misma fuente oral, o Rivas se inspiró en el escritor

nacionalista...? Rivas cierra su obra con la pintura del abortado golpe del 16 de junio, con los bombardeos de Plaza de Mayo (pp. 167-172). Debe decirse en rigor de verdad, que una cierta ingenuidad ideológica y una visible inexperiencia narrativa, parecen atentar contra la verosimilitud de algunos pasajes de esta novela menor.

RODOLFO A. BORELLO
University of Cincinnati
(EE. UU.)